







Page 15

1848

1849

1850

1851

PASO DE BOLDAN



Nombre Eduardo Rojas
Suma a la altura
de la montaña

ECOS

DEL

PASO DE ROLDAN.

N. 500014822

ERV
3393

ECOS
DEL
PASO DE ROLDAN

POR

J. - B. DASCONAGUERRE

MIEMBRO DEL CONSEJO GENERAL DE LOS BAJOS PIRINEOS

TRADUCIDO DEL VASCUENCE

El alivio de un noble infortunio
constituye uno de los deberes sagrados
de todo hombre de corazón.

AXULAR.

BAYONA

IMPRESA DE LA VIUDA DE LAMAIGNÈRE,
CALLE CHEGARAY, 39.

1867.

Los derechos del original y de las traducciones reservados por el
autor.

ECOS

III

PARO DE ROLDAN

III

DE DISEÑO

DE LA ESCUELA DE DISEÑO DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

El objeto de esta tesis es
establecer los fundamentos
de la enseñanza del dibujo
en la escuela de la Universidad
de la Plata.

VALERIA

DE LA ESCUELA DE DISEÑO

DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

III

Esta tesis se presentó a la Comisión de Examen de la Universidad de la Plata

en el año 1968

A SU ALTEZA

EL PRÍNCIPE

LUIS - LUCIANO BONAPARTE.

SERENISIMO SEÑOR,

Nuestros Augustos Soberanos, cediendo al encanto seductor de nuestras playas, vienen todos los años á derramar entre nosotros los beneficios que siempre acompañan su presencia; y de ahí que cada vez que llega el día de su partida, nuestras

poblaciones desean con mayor ansia que vuelva el de su regreso.

La riqueza de nuestro idioma há tenido el poder de atraer tambien á V. A. á nuestro pais; y su permanencia entre los Vascos le há conquistado para siempre las mas vivas simpatias y hasta el cariño de un pueblo, que sabe con orgullo que un Príncipe cuyo voto cientifico tanto alcanza, estudia y hace el mayor aprecio de su idioma.

No es pues estrañar que considere ya como una dicha el patrocinio que V. A. se digna dispensar á una obra modesta, escrita en vascuence; en la cual me hé propuesto presentar un tipo fiel y exacto de las costumbres y del carácter del pais, y cuyo producto lo destino al alivio de un compatriota desgraciado.

V. A. se ha dignado aceptar mi humilde

ofrenda y debo ante todo manifestarle mi mas profunda gratitud.

Merced á la bondadosa proteccion de V. A., doy con mayor confianza mi libro á la imprenta. En todo caso, me atrevo á esperar que el lector lo acojera con benevolencia, teniendo en cuenta los motivos que me han impulsado y decidido á entregarlo á la publicidad.

Dignese

Vuestra Alteza

Aceptar los sentimientos de mi mas profundo respeto.

DASCONAGUERRE,

Consejero general.

Bayona, 29 de Noviembre de 1866.

ofrenda y debo ante todo manifestar mi
mas profunda gratitud. Me he dedicado
al estudio de la bondadosa protección de
V. A. con mayor confianza en libro de
la imprenta. En todo caso, me atrevo a
esperar que el lector la aceptara con bene-
volencia, teniendo en cuenta los motivos
que me han impulsado y decididos a empre-
nder esta publicación.

Vuestro Almozo

Acepto los sentimientos de mi mas pro-

fundo respeto.

DASOZACERRE

(Consejero General)

Madrid 20 de Julio de 1880

I.

EL PASO DE ROLDAN.

El viagero, atraído á este pais por nuestras encantadoras playas de Biarritz y de San Juan de Luz, nunca deja de visitar el famoso *Paso de Roldan*.

Contempla conmovido aquellas masas imponentes de granito, aquellas dobles montañas que elevan hasta el cielo sus altaneras crestas y cuyos flancos rojizos aparecen, ora salpicados de retamas con sus doradas flores, ora atravesados por surcos profundos é inmensas cortaduras, y ora tambien por enormes pedruscos cuyas cuspides rematan en agudas puntas. Aqui se presenta á la vista una espaciosa cuna en cuya base la Nive extiende pausadamente sus aguas limpidas y cristalinas; mas allá una garganta salvage y sombría, obstruida por rocas

desprendidas entre las cuales el rio hierve y se retuerce, semejante á una serpiente herida, lanzando espumarajos.

El arte y el genio luchan hoy con esta naturaleza de aspecto salvaje y fantástico. Yá la pica del minero resuena en el valle y pronto podrá recorrerse facilmente el paso mas romántico de los Pirineos, y se verán el movimiento y la vida introducirse en mas de un edificio hoy abandonado.

El paso de Roldan posee su leyenda maravillosa que todos conocen. Por cima de esta roca inclinada y pendiente sobre el abismo fué por donde el Paladin se abrió paso ; y su sombra gigantesca se cierne todavía sobre nuestras montañas. Pero, el paso de Roldan tiene tambien sus recuerdos modernos y me hé propuesto darles publicidad.

Vosotros que habeis visitado ya aquellas gargantas pintorescas ¿ recordais haber visto un sendero perpendicular como una escalera, estrecho como una cinta ? . . . Vesele serpentear á

lo largo de la montaña, á la derecha, mostrando siempre la huella de los pasos del contrabandista y del habitante de las cabañas.

¡ Cuántas escenas conmovedoras recuerda este sendero !

Generalmente las orillas del mar acostumbran ser la cuna de los valientes marineros ; los cazadores furtivos se forman al contacto de los sombríos bosques, las montañas inaccesibles y la vecindad á las fronteras engendran á los contrabandistas.

Los sitios que nos han visto nacer y que habitamos imprimen en nosotros su carácter, y nos hacemos muchas veces marinos ó piratas, poetas ó gramáticos, segun sean los paises en donde hemos nacido y fijado nuestra residencia.

No lejos de esta cinta ondulante se destaca sobre la montaña de enfrente una vivienda blanca y modesta, rodeada de un bosquecito de castaños en cuyo centro se sonrie, como un nido de palomas entre el ramage.

Allí vivia un hombre de estatura gigantesca y flexible, de robustos brazos, de ojos ardientes como el fuego, dotado de una voluntad de hierro mezclada á una dulzura infantil, con una alma bella como la inocencia, con un corazon abierto á todas las miserias, accesible á todos los infortunios. Generoso hasta la prodigalidad, daba y prestaba á todo el mundo.

Al pié de esta pintoresca y sencilla vivienda se abren abismos espantosos y cavernas profundas, guaridas de lobos. En el horizonte se destacan las crestas de los Pirineos Españoles y en la opuesta falda nace y se desarrolla un valle lindisimo, libre de toda intervencion fiscal. Lo que está prohibido entre nosotros, bajo pena de multa y de carcel, se halla permitido, favorecido, hasta autorizado en aquel valle.

El hombre cuya vida me propongo bosquejar, nacido en una posicion oscura, carecia totalmente de instruccion. Aquellas prohibiciones y aquellos castigos tan severos en su pátria; y aún casi á su vista y en la tierra de España,

aquella inmunidad completa; aquella libertad sin límites. Todo esto no podía comprenderlo, era para él un verdadero contrasentido.

Aún hay mas; aquellos mismos que hubieran debido hacerle comprender la severidad de las leyes de su país, eran los primeros en exaltar su espíritu aventurero. Todos los magnates recurrían á su valor, sosteniendo sus ilusiones que servían maravillosamente los intereses de aquellos señores.

Y ¡ cuántas damas, encanto de nuestros salones, no han recurrido á su galantería ! Anunciábase, por ejemplo, una *soirée*, un suntuoso banquete; de ahí el obligado de blondas, de ricos pañolones. En seguida, volaban una y otra paloma, llevando debajo del ala, una esquila perfumada; y si por acaso un rayo de luna, escapándose por entre dos nubes, hubiese venido á alumbrar el sendero recto de la montaña, habriais visto bajar á *Ganich* (és el nombre de nuestro héroe) protejiendo debajo de su faja encarnada, con el mismo cuidado con que una

madre atiende á su hijo, una capa de encajes, un cachemir suave como el armiño. Y todo eso debia contribuir aquella misma noche al brillo de un sarao, en medio de personages, llamados tal vez, al dia siguiente, á castigar al hombre que habia arrostrado tantos peligros para mejor adornar y embellecer á una elegante del dia.

¡ Ay ! ¡ cuán fácil es un tropiezo, cuando se tiene por cómplice de su falta hasta por instigador, á un hombre rico y poderoso que todos acatan y respetan ! Y ¿ quién sabe ? ¡ tal vez á una dama encumbrada con la cuál no hay negativa posible !

Y creereis tal vez que fuése el aliciente del lucro el que le hacia saltar los precipicios, arrostrar el calor y el frio, hacer frente á la tormenta y al huracan.....

Preguntadlo á los que le conocen.....

.....
.....

Un dia, una caravana de cuatro cientos mozos, conducida por este hombre oscuro, tan gene-

roso como valiente, se disponia á pasar la frontera. La discrecion era imposible. La administracion de aduanas túvo aviso de que tal dia á tal hora, paquetes de encajes y fardos de cigarros debian bajar por el sendero del paso de Roldan. Se destacó una partida de aduaneros para detener á estos atrevidos contrabandistas.

Pronto, los ecos de la montaña resuenan con tumultuosa griteria. La caravana, sorprendida en el desfiladero, cae como un solo hombre sobre sus contrarios; estos se defienden con energia; pero inferiores en número, agobiados por aquella masa de gigantes, sucumben. Inmediatamente son atados todos los guardas. Su gefe, no obstante, logra escaparse de las manos que le sujetan, se apodera de su pistola, y lanzándose sobre Ganich, la dispara, á quema ropa, sobre su pecho. La rábia y el furor se apoderan de los contrabandistas y abalánzanse sobre el hombre que acaba de herir á su gefe idolatrado. Pero, Ganich conserva su sangre

fria, y, comprimiendo con ambas manos su pecho ensangrentado :

« — ¡ Deteneos ! dejadle, esclama ; há hecho « su deber : respetad su vida. » Pronuncia estas palabras y cae ; pero, con su desfallecida mirada, se asegura de que el gefe y sus subordinados han sido puestos en libertad ; y sus facciones contraídas por el dolor, reflejan una vez mas los sentimientos de su alma noble y generosa.

Algunos meses despues, el Tribunal de *Assises* és solemnemente convocado para juzgar el grave delito de resistencia armada á la fuerza pública. Ganich, con las señales de una herida atroz en el pecho apénas cicatrizada, con el rostro descolorido por los padecimientos, se presenta tranquilo é impassible ante los magistrados llamados á juzgarle.

Un estremecimiento general se apodera de la asamblea ; todos se empujan, todos se precipitan unos sobre otros para ver mas de cerca y para contemplar mejor al contrabandista-heroe. La

defensa le eleva sobre un pedestal. La acusacion misma, arrastrada por la admiracion general, se olvida de su inflexible ministerio. Un fallo solemne le absuelve, Su lectura es acogida con freneticos aplausos, y el intrepide Ganich, que tan grande y magnanimo se mostró á la faz de la muerte, es arrebatado y llevado en triunfo (1).

(1) M. St-Blancart era el gefe encargado de detener la partida de contrabandistas mandada por Ganich. Durante su vida, siempre habló de este hombre con la mayor admiracion, y se oyó varias veces decir : Le debo la vida y hé hecho cuanto estaba á mi alcance por darle la muerte.

II.

UN PALACIO IMPROVISADO.

LOS GITANOS.

Es no solamente grato sino un deber el dár
publicidad á las acciones generosas. La misma
admiracion, el mismo respeto merecen los
grandes hombres de la monarquía, como los
héroes de la República, como las glorias del
Imperio.

¿ Qué importa el partido á que pertenezcan,
el gobierno á quien sirvan ? El hombre hon-
rado, generoso, leal y valiente, cualquiera que
sea su bandera, tiene derecho á la consideracion,
á las simpatias del público ; solo las almas pe-
queñas, bajas y mezquinas, son las que rechazan
ciegamente á los que en todo no piensan como
ellas
.

Era la época en que la España no podía aun, á pesar del testamento de un rey, inclinarse ante un cetro caído á manos de una niña.

La guerra civil habia estallado entre nuestros vecinos, la sangre corría á torrentes; habiase enarbolado una bandera, y esta bandera marchaba yá triunfante, cuando los grandes personajes desterrados de España que habian abrazado la causa de Don Carlos, acordaron venir á participar de sus peligros y de su gloria. Pero, el paso de la frontera presentaba dificultades, era menester encontrar un hombre que, con peligro de su vida, supiese abrir el camino de su patria á aquellos nobles señores.

Los ecos del Paso de Roldan resonaban aun con el rasgo de heroismo de Ganich, y en el seno de las familias vascas, todos se complacian en repetir este nombre tan querido en el pais. Hasta la prensa, en 1833, señaló á la admiracion general, á este hombre magnánimo. ¿Podía hallarse un guiá mas fiel ni mas seguro?

Y sin embargo ¡cuantos obstáculos que vencer! La frontera estaba cuajada de soldados y aduaneros, y para burlar su vigilancia, era preciso recurrir á la estratagema de disfrazarse. Hubierais visto generales, marqueses, consejeros, disfrazados de pastores, de frailes, de arrieros ó de saltimbancos.

.....

Este contrabando de nuevo género, era preciso conducirlo al otro lado de la frontera.

Pero, los obstáculos desaparecen, los Pirineos se allanan. ¿ Quien es el hombre que con su magico poder ha obrado este prodigio? Preguntadsele á todos los grandes señores que, durante aquellos dias críticos, ocupaban la blanca y modesta casa que hemos descrito. Del mismo modo que los trages de los huespedes, aquella casa rústica habia experimentado una metamórfosis completa. Ayer proporcionaba hospedage á un gentil hombre; hoy es el hotel del Presidente del Consejo de Castilla, y mañana será el palacio del Ministro de Ha-

cienda, de quien Ganich conserva un precioso recuerdo.

Sí, la casa de Ganich se habia trasformado en un punto de reunion general de los gefes del partido carlista ; y para recibir dignamente á aquellos nobles extranjeros, el lujo habia reemplazado á la sencillez en aquella modesta morada. Los tabiques blanqueados con cal estaban ocultos bajo ricas colgaduras , las camas se habian cubierto con tejidos de seda, el rústico piso habia desaparecido bajo la mullida alfombra, y suntuosos muebles decoraban todas las habitaciones. Habriais visto en este palacio improvisado, viva llamarada en todas las chimeneas, la mesa siempre cubierta; sobre la cual se ostentaban los mas delicados manjares, los vinos mas esquisitos.

Ganich lo habia entregado todo generosamente á disposicion de sus nobles huespedes ; y mas de una vez el Ministro de Hacienda, teniendo las cajas exhaustas para pagar sus municiones y sus soldados, giró á la vista sobre

el bolsillo particular del modesto contrabandista.

Este hombre, nó solamente sacrificaba su fortuna por la causa del Pretendiente, sino que exponia tambien su libertad y muchas veces su vida, en servicio de ella.

Una noche, acompañado de sus criados, conducia un convoy de mulas cargadas de sacos de dinero por valor de 400,000 francos, expedido de Bayona y destinado al ejército carlista. El cielo estaba oscuro, el camino desierto y silencioso; no se oia mas que el paso monótono de las monturas.

De repente, suenan las doce en el reloj del pueblo de Aruns; la empalizada que orilla el camino se entreabre bruscamente; una especie de sombras interceptan el paso de la caravana y una voz vibrante grita: « El dinero que llevais
« ó la vida! »

A esta interpelacion amenazadora, Ganich se abalanza y blandiendo su makila. (1) « Con

(1) Makila, baston vascongado guarnecido de hierro.

« Ganich, dice, teneis que haberosla, atreveos
« á acercáros, miserables. »

Dos tiros contestaron á este reto; una mula cae y derriba consigo á su conductor. Las demas caballerias se detienen asustadas, y sus guias se créen perdidos. ¡ Cobardes ! ¡ asesinos ! esclama Ganich con voz de trueno, y se lanza como un tigre sobre los bandidos.

Despues de una lucha encarnizada, derriba los ladrones, y nuestro intrépido Vasco, haciendo tiras su faja, los ata vigorosamente con el auxilio de sus compañeros, que el valor del gefe ha tranquilizado.

Estos rondadores nocturnos formaban parte de una tribu de Bohemios (gitanos) acampada en la montaña.

Los gitanos, raza proscrita, enemigos de toda civilizacion, se encuentran en los puntos mas desiertos del pais vasco. Su talla aventajada, sus ojos negros y su tez cetrina recuerdan el tipo de las razas orientales. Ladrones, disolutos, feroces, tienen todos los vicios del estado sal-

vage, sin ninguna de las cualidades generosas que distinguen al cafre ó al indio. Viajan en cuadrillas, dejando apenas descansar sus tiendas y viviendo del pillage y del robo. Son un misterio lo mismo su nacimiento como su muerte. Nadie sabria indicar la sepultura de un gitano.

Los salteadores maniatados imploraban misericordia, y Ganich, movido á compasion, se contento con decirles : Os perdono, pero si vuelvo á encontraros otra vez á mi paso, ¡ Ay de vosotros !

El dia empezaba á amanecer, cuando el convoy llegó al campamento de los carlistas. La ocasion era magnifica para reintegrarse de los fondos adelantados al Ministro de Hacienda, pero Ganich, ni aun túvo el pensamiento de hacer la menor reclamacion, y entregó religiosamente el depósito que se habia confiado á su honor y á su lealtad.

El hombre que se adhiere á una causa, obra casi siempre con la segunda intencion de obte-

ner la recompensa de sus servicios, cuando llegue á sonar la hora del triunfo ; este sentimiento es harto natural, y una adhesion que obedezca á semejante móvil no debe sorprender á nadie; pero la adhesion sin cálculo, sin segunda intencion, es seguramente digna de admirarse. En este caso, no existe mas impulso que el del corazon ; y aquellos que reconocen por guia tan nobles inspiraciones, son hombres excepcionales que no deben pasar desapercibidos.

¿ Sabeis donde se encuentran todas esas adhesiones bellisimas, sin cálculo, sin idea preconcebida ? Es muchas veces entre gentes oscuras, modestas como los lugares que habitan. Estas gentes se hallan desprovistas de toda instruccion, ni aun saben leer en esos libros donde se hallan reunidos todos los grandes ejemplos de moral y de virtud. ¿ Quien puede, pues, inspirarles tan nobles sentimientos ? Es sobre todo la fé religiosa, llama sagrada que arde constantemente en sus corazones.

III.

LA FÉ EN EL PAIS VASCO.

EL SACERDOTE.

Sí, la fé religiosa está profundamente arraigada en el corazon del Vasco. A Dios es á quien dedica todas las acciones de su vida.

Pero ¿que es lo que le infunde esta firme creencia en Dios? Serán acaso las pompas del culto ó el lujo de las iglesias que tanto deslumbran al hombre del campo, y contribuyen á darle una idea mas elevada de la majestad divina? Nó. Ved una iglesia vascongada; es sencilla como en los tiempos primitivos del cristianismo; es un edificio mas ó menos capaz, segun la importancia de la poblacion. En uno de los costados se eleva un modesto campanario, en forma de piramide, en cuyo centro se destaca la campana en un nicho abierto. El tejado está cubierto

con tejas encarnadas, las paredes sencillamente blanqueadas con cal; á la entrada se halla un pequeño peristilo cuadrado sobre el cual estan la escuela del pueblo y la sala de la alcaldia. En el interior, un altar mayor y dos pequeños laterales, sin ningun adorno. Sencillos dorados de trecho en trecho. Cuadros tan humildes como sus autores que vivieron y murieron ignorados. En el coro se vé el banco del Señor Alcalde, que á veces se asocia al canto llano, imitando el ejemplo del rey Carlo Magno. En la nave, cada familia tiene su bayeta negra cuadrilonga, piadoso recuerdo de los que de ella dejaron de existir. Sobre esta bayeta, cada Vascongada reza de rodillas, ó bien sentada al estilo oriental. Los hombres se guardarian muy bien de acercarse á las mugeres. Tiénen sus asientos reservados en las galerias, al rededor del recinto. Cada Vasco lleva el rosario entre las manos y con él ejecuta un gran número de evoluciones, durante el curso de los oficios, besando de vez en cuando sus dos pulgares colocados en cruz;

y, si pudierais descubrir su pecho, veriais en él un escapulario, precioso talisman con el cual desafía todos los peligros.

Al finalizar la misa, cada uno de los fieles de las galerias saluda respetuosamente á su vecino. Aunque estuviereis entre dos enemigos, tendriais que inclinar la cabeza ante ellos. Una misa oida con recogimiento, acalla, si quiera no sea mas que por unos instantes, los rencores, y los sustituye con la paz del corazon.

El Vasco adquiere la fé religiosa, en los admirables ejemplos que los ministros de la religion son los primeros en darle.

El sacerdote es el amigo, la providencia de todos. Cada vez que hay consuelos que derramar, un infortunio que socorrer, un enfermo abatido que animar, el sacerdote está alli presente. ¡ Que hermosa mision la suya ! Mis ojos se inundan de lágrimas al recuerdo de todas las emociones que he experimentado. ¡ De cuantas escenas desgarradoras no he sido testigo !

Moribundos, con el semblante lívido y causando horror por la naturaleza misma de su enfermedad, yacian en el lecho del dolor, próximos á exhalar el postrer suspiro. Hé visto al sacerdote unir sus labios con los de aquellos desgraciados, para consolarlos mejor y para recoger sus últimas oraciones, sus postreras recomendaciones.

No creais que su mano aparezca cuando dá; aprovecha siempre la oscuridad y la soledad para hacer el bien.

Cae una desgracia sobre una familia, una madre pierde á su hijo y ella misma es de repente arrebatada á sus mas caras afecciones: el sacerdote está allí con los que lloran y sus palabras llenas de esperanza y de consuelo, vienen tan solo á interrumpir el triste silencio inseparable de las grandes aflicciones.

Amo, venero al sacerdote sobre todos los demas; le hé visto demasiadas veces en el ejercicio de su piadoso ministerio para no sentirme lleno de admiracion hacia él. Si no hubiese

mamado las creencias religiosas en los pechos de mi madre, los ejemplos de sublime abnegacion que hé presenciado en aquellos verdaderos ministros del Señor, bastarian para encender la antorcha de la fé en mi corazon.

Ademas de los buenos ejemplos del parroco, hay otros que encienden tambien y fomentan los sentimientos generosos y la fé religiosa en el pais vasco.

¿ Veis en medio de nuestros campos aquella casita blanca y sencilla, abrigada á la sombra del campanario de una iglesia? En uno de sus costados se levanta la pared de un jardincito; y asoman por cima algunas ramas de arboles cargados de frutas doradas por los ultimos resplandores del sol poniente. El aire que allí se respira es el aroma de las flores.

Reina á veces el mas profundo silencio en esa casita, como si algun sagrado misterio se celebrase en ella. Oyése á ciertas horas del dia una infantil y alegre algazara; y en otras, un con-

cierto de voces puras y angelicales hiere suavemente el oído.

Absorto, el transeunte se detiene y escucha.

Aquella casita es la vivienda de la humilde hija de la Cruz, que renunció al mundo y á su familia, para dedicarse á la educacion de la niñez.

La tierna doncella confiada á sus cuidados pertenece, por regla general, á alguna familia pobre; y mas de una vez, la naturaleza, prodiga con otras, le há negado los dones de la inteligencia.

Ninguna dificultad, por grande que sea, acobarda á la digna hija de la Cruz. Armada con la coraza de la piedad, se entrega valerosa y confiadamente al cumplimiento de la noble tarea que se há impuesto, y consigue derramar en los tiernos corazones de sus discípulas, con el auxilio de Dios, los beneficios de la religion, el respeto de la familia y los primeros rudimentos de la instruccion.

Y cuando llega la noche y la doncella se retira al hogar domestico, su madre, al ver el

cambio que vá obrándose en ella, bendice una y mil veces, en medio de los transportes de la mayor alegría, á la humilde muger que tan inesperados resultados há conseguido con el objeto de sus mas tiernas afecciones.

Los hermanos de la Doctrina Cristiana se imponen y cumplen con los muchachos la misma tarea que las hijas de la Cruz. La abnegacion y un continuo sacrificio de si mismos se encuentran lo mismo en los unos como en las otras. Ellos llevan tambien una vida de fatigas y de no interrumpida lucha, con el empeño de formar y de dirijir inteligencias muchas veces rebeldes. Alejados del mundo por un ostracismo voluntario, sepultanse en la oscuridad, y la oracion y el retiro les infunden la fé y el valor necesarios para desempeñar mision tan santa y penosa.

El niño del pobre es sobre todo el blanco de sus desvelos y de sus mas delicadas atenciones. No parece sino que tienen un interés mayor en infiltrar en su alma los principios de la moral

y de la virtud, para que pueda sobrellevar con mas resignacion la pobreza y ¿ quien sabe ? talvez la vida de amarguras que le há cabido en lote.

¡ Respetables y dignos varones que militais bajo la bandera de la religion ! A vuestros afanosos trabajos se debe tambien una parte de los sentimientos de honor, de probidad y de desinterés que constituyen el carácter distintivo del pais vasco.

IV.

EL PALACIO DE BELZUNCE.

**LLEGADA DE LA PRINCESA DE BEYRA
A LA CASA DE GANICH.**

La princesa de Beyra habia abandonado su palacio de Salzburgo para venir á reunirse con su esposo y un ejercito fiel. Nada diremos de los incidentes de su viage hasta su llegada al palacio de Belzunce, antigua casa solariega, con sus torreones góticos, habitada por un noble hidalgo vasco, quien le ofreció la hospitalidad, como un verdadero Castellano de la edad media.

El nombre de Belzunce tiene su leyenda en nuestras montañas. Cuenta la tradicion que un caballero de este nombre combatió á un mónstruo alado que sembraba el espanto en el pais. Sin mas armas que su lanza, lo atacó en su guarida y lo hirió mortalmente; pero el

dragon, haciendo un esfuerzo supremo, arremetió á su vencedor, lo abrazó y rodó con él á la Nive. Desde entonces, la familia de Belzunce ostenta en sus armas un dragon de arena en campo de gules.

Los Belzunce han heredado el valor y la abnegacion de aquel denodado caballero, y su memoria ha sido cantada muchas veces por los bardos del pais. Su nombre está tambien escrito en letras de oro, en la historia. ¿ Quien ignora el heroismo sin igual del magnanimo obispo de Marsella ?

Una noche, hallábase la princesa, hablando en la azotea del castillo con el vizconde de Belzunce, esperando al guia que debia dirigirla hasta la frontera.

— ¡ Vizconde ! ¿ vuestro montañes es hombre seguro, dijo la princesa ?

— Respondo de él, Señora, con mi cabeza; los servicios que tiene yá prestados á vuestra causa, dicen lo bastante para lo que puede esperarse de él. Además, Señora, cualquier mon-

tañes en este pais os guiará fielmente. Todavía se encuentran aqui la fé y la probidad de nuestros antepasados. La mas insignificante choza es un asilo inviolable para el extranjero. Confiad vuestra persona y vuestro dinero á un Vasco, y espondrá voluntariamente su vida para salvar lo uno y lo otro.

Y al decir esto, la fisonomia del vizconde se animaba, y la princesa escuchábale con admiracion.

Desde la azotea del castillo se descubria un magnifico panorama. En primer termino, verdes praderas en medio de las cuales jugueteaban blancos rebaños de ovejas, agitando sus campanillas argentinas, todo pintorescamente encuadrado con hileras de olmos, con su sombrío follage. Mas lejos, una cortina de álamos, á cuyo pie murmuraban frescos arroyuelos, y al través de cuyas ramas dejabanse entrever lindisimas cabañas. En lo alto, monticulos suavemente redondeados, cubiertos con una alfombra de brezos de rosa sobre la cual se destaca-

ban de trecho en trecho montoncitos de retamas. En el horizonte, las encrespadas cimas de las montañas, alumbradas con los últimos resplandores del sol poniente.

La conversacion de la princesa con el vizconde decayó poco á poco. Hacia unos momentos que sus ojos vagaban sobre el magnifico panorama que se desarrollába á su vista. Luego, á fuerza de contemplar aquellos soberbios Pirineos que le recordaban la imagen de la patria ausente, quedó absorta en una meditacion profunda. ¡ Cuan hermosa estaba con sus grandes ojos negros, medio velados por una languidez expresiva! Apoyaba su cabeza en una lindisima mano, como la mano de una Andaluza : hermosos cabellos negros encuadraban armoniosamente su rostro de una tez mate, como la de las virgenes de Rafael ó de Murillo. Y ¡ cuanta gracia en su postura! Su talle delgado y elegante inclinábase como el tallo de una flor. Los bajos de su vestido dejaban adivinar un pié de niño. Toda su persona exhalaba un encanto y una poesia indescriptibles.

De repente, interrumpe su extasis la llegada de dos hombres de paso altivo y atrevido, ambos armados con la *makila*, compañero fiel del Vasco. Eran Ganich y su amigo Manuel.

— Hé aquí vuestro guía, dijo el vizconde, señalando á la princesa el mas alto de los dos montañeses.

A la vista de aquel gigante de rostro marcial, presentandose á ella con el pecho medio descubierto y los brazos desnudos, y el talle envuelto en una ancha faja encarnada, la princesa manifestó un movimiento de vacilacion, movimiento muy natural en una mujer acostumbrada á no ver en su derredor mas que elegantes caballeros ¿ No era una imprudencia fiarse de este hombre, en una frontera poblada de espías y de aduaneros ?

Sin embargo, la fisionomia franca y abierta de Ganich disipó en breve todas sus dudas.

Pero, el ojo penetrante del montañés habia yá notado su incertidumbre, y por un movimiento brusco, acabando de descubrir su pecho,

mostró á la princesa aquella cicatriz, testimonio irrecusable de su abnegacion magnánima.

— No temais nada, Señora, dijo ; el que há recibido esta herida, sabrá esponer otra vez su vida para salváros.

— Pues bien , sed mi protector y mi guia.

Al dia siguiente, todo se hallaba dispuesto para la marcha. Pronto se presentó la princesa ante el vizconde que la esperaba en compañía de los dos Vascos. Llevaba en la mano una preciosa cajita que entregó á Ganich, quien confió este mueble á su amigo Manuel, murmurandole algunas palabras al oido. Manuel, tomando la delantera, partió inmediatamente.

La princesa estaba radiante de alegria, con la idea de que por fin iba pronto á salvar la frontera.

Despues de haber manifestado su agradecimiento, se despidió del vizconde, dando ella misma la señal de la marcha. Un instante despues, precedida de su guia, cabalgaba en

un sendero medio oculto entre zarzas-rozas y espinos blancos que bordeaban sus orillas.

Largo tiempo pudieron nuestros dos viajeros distinguir, por cima de los arboles, las elevadas almenas del palacio de Belzunce. Despues, cambió la escena; acababan de entrar en un barranco estrecho que no presentaba rastro alguno de vegetacion, y empezaban para la princesa los azares peligrosos del viage.

En el extremo de aquella garganta, dibujábase confusamente una pobre choza abandonada. Allí fué donde, al cabo de dos horas de marcha, se apeó la princesa para tomar un poco de alimento. Como era preciso atravesar la aldea de Helette, situada á dos cientos pasos de aquel parage y esta aldea se hallaba ocupada por una brigada de aduaneros, Ganich se separó un momento de la princesa para explorar los alrededores.

Por una casualidad providencial, en aquel momento no habiá un solo aduanero en Helette; y como el calor era sofocante, ningun ser

humano se veía en la calle. Ganich, con la celeridad del rayo, anunció esta buena noticia á la princesa. En pocos instantes atravesaron la aldea, sin la menor novedad, y los viajeros entraron de nuevo en solitarios senderos. Los pastores que veían pasar á aquella hermosa señora, en compañía de un aldeano, abrían descomunadamente los ojos y la saludaban con un aire aturdido.

Entretanto, el camino que seguían los dos viajeros se volvía cada vez mas escabroso y difícil, y no tardó en hacerse intransitable para las caballerías, las cuales se dejaron al cuidado de un bravo montañés, que Manuel, siguiendo las ordenes de Ganich, había situado allí, de vigia.

Nuestros viajeros llegaban á la cima de una colina, cuando Ganich divisó una escuadra de aduaneros que subía penosamente la vertiente opuesta. No lejos del sendero se encontraba una cabaña de pastores medio arruinada. La princesa y su guía tuvieron escasamente tiempo

para refugiarse en ella. Apenas entraron, vieron con terror, por las hendiduras de la pared, á los aduaneros que se dirigian hácia aquel punto.

En semejante apuro ¿ que determinacion tomar? Una ventana baja se abria sobre un arroyo poco profundo. Por una inspiracion pronta como el relámpago, Ganich arrastra precipitadamente á su compañera hácia esta abertura, la suspende en sus robustos brazos, y se lanza con ella á la orilla opuesta.

¡ Yá era tiempo!.....

Los aduaneros entraban en aquel momento, y cansados con una larga caminata y con el calor del dia, preparabanse á disfrutar de las dulzuras de la sombra y del descanso.

Seria demasiado largo contar todos los peligros y las aventuras todas de este azaroso viaje. Despues de numerosos rodeos que Ganich ejecutó con su noble compañera, cuando, con el instinto del contrabandista, olfateaba el uniforme verde del aduanero; despues de emociones diversas, causadas por un viage penoso,

tan pronto por senderos orillados de precipicios, como al través de campos ó entre zarzales de puntas aceradas que no siempre respetaban los miembros delicados de nuestra bella viagera, abrióse por fin la blanca casa de Ganich para dar la hospitalidad á una princesa.

Allí encontró á dos altas y robustas Vascas que habian preparado todo para recibirla. Eran Maria y Rafaela, esposa la una y hermana la otra de su fiel guia.

V.

LA PRINCESA DE BEYRA
EN LA CASA DE GANICH.

Juegos y costumbres Vascongadas.

La princesa de Beyra estaba descansando de las fatigas de su largo viage. Solo le faltaba ya un paso para llegar á la tierra de España; este pensamiento provocaba en sus labios una sonrisa de felicidad.

Era dia de fiesta en Macaye; las campanas repicaban y sus alegres vuelos anunciaban el final de la misa.

La plaza presentaba un aspecto de los mas animados. El traje pintoresco del Vasco contrastaba ese dia con el uniforme de los soldados destacados en aquella aldea.

Mirad á ese joven Vasco; es hermoso como lo son todos los descendientes de los Cántabros; su cabeza está cubierta con una boina

azul graciosamente inclinada sobre la oreja ; una faja encarnada rodea su talle recto y elegante ; su chaqueta corta descansa como un dolman sobre su espalda ; su camisa compite en blancura con la nieve. Broches de plata cierran sus mangas y un boton del mismo metal sujeta ligeramente su cuello ; su pié está calzado con sandalias pintorroteadas , atadas en cruz en el bajo de la pierna ; y se distrae agitando por los aires una makila , arma terrible y su compañero inseparable , que lleva en la mano derecha.

Mas allá hay un anciano : una boina cubre tambien su cabeza , la lleva sencillamente inclinada sobre la frente ; su cabellera es larga y flotante , signo de su nobleza y de la antigüedad de su raza. Su camisa blanca está abrochada como la del joven ; su chaqueta tambien colocada con negligencia sobre su espalda ; lleva pantalon corto ; medias de lana aprisionan sus dos piernas todavia robustas ; su calzado de cuero tiene por adorno dos hermosas hebillas de plata.

Hé aquí un grupo de mujeres. Las jóvenes tienen el talle delgado, las facciones regulares y espresivas. Esta viene envuelta en una mantilla negra, adornada con un fleco que descansa en medio de la frente; su vestido es de una tela modesta. Aquella lleva la manteleta plegada al brazo; sobre su cabeza está prendido un pañuelo de vivos colores que deja en descubierto dos bandas muy lisas de cabellos negros; un pequeño chal cubre sus espaldas. La Vasca avanzada en edad adorna su cabeza con un pañuelo de muselina blanca, una de cuyas puntas flota sobre la espalda; sobre su pecho cuelga un modesto dije de oro que representa un corazón y un Espiritu Santo. Aquella otra no deja ver ni sus facciones, ni ningun detalle de su traje: está cubierta de la cabeza á los pies con una gran capa semejante á una garita pintada de negro.

Pero, una cuadrilla alegre acaba de desafiarse á la pelota, y cada jugador aprisiona su mano derecha en un enorme guante de cuero.

El juego de pelota es el juego natural de los Vascos. No hay nada mas interesante. Se admiran á la vez la flexibilidad y la viveza, la rapidez de los movimientos y la energia, la arrogancia y la exaltacion del jugador. Tan pronto es un ciervo, tan pronto un toro que se precipita sobre su adversario, tan pronto es un leon deleitandose en su triunfo.

Un tribunal compuesto de jueces severos y graves, como senadores romanos, preside solemnemente estos juegos, con el encargo de dirimir los quince dudosos. Los fallos de estos jueces son inapelables; y ni los jugadores ni el público se atreverian á murmurar de una sentencia, aunque cuando fuese injusta. Es una de las virtudes del Vasco el inclinarse siempre con respeto ante la autoridad, en la cual vé la representacion de Dios.

Estos juegos tienen ademas una doble ventaja; al paso que contribuyen á desarrollar la agilidad y el vigor del cuerpo, engendran la emulacion, dan al hombre altivez y le sugieren

el sentimiento de su valor. Aquellos aplausos frenéticos, aquellos silbidos hendiendo los aires, exaltan su valor. El jugador, presentando su pecho á una pelota, lanzada con mano vigorosa, se acostumbra á exponer ese mismo pecho á otros golpes mas peligrosos.

Pero ¿que viene á ser aquel tropel con trage burlesco? Creeríase estar en pleno martes de Carnaval.

Es una pastoral que se vá á ejecutar.

Las pastorales forman una de las diversiones favoritas del Vasco. Los argumentos se sacan de la Biblia, de la Mitología, de los recuerdos de Roldan, de los Sarracenos, de Napoleon, etc. Estas piezas arregladas por los poetas del pais tienen un sabor de sencillez primitiva, y abundan en ellas las imagenes mas tiernas, originales y candorosas. Son una prueba mas de la completa individualidad de una raza que há sabido conservar como un deposito sagrado é inviolable, en medio de los cambios introducidos por el tiempo y por las revueltas politi-

cas, sus costumbres, su idioma y sus tradiciones seculares.

El teatro levantado al aire libre se decora con colgaduras de vivos y resplandecientes colores. La orquesta se compone de la chirula (flauta vasca), y del tamboril.

La pieza comienza con un largo prologo en que el protagonista traza á grandes rasgos el argumento de la pastoral. Despues entran los diversos personajes en escena, y llaman la atencion tanto el orden y la regularidad que presiden en estas representaciones, como el entusiasmo y la exactitud con que cada actor desempeña su papel.

Y los espectadores todos que cubren las galerias, yá del juego de pelota y yá tambien de las pastorales, hablan, bromean, gritan y se interpelan en ese idioma *Eskuara*, tan hermoso como expresivo (1).

(1) El idioma Vasco es de los antiguos Iberos. Su riqueza y su armonia son otros tantos motivos de admiracion para los sabios.

.....
.....
De repente, oyese en medio de aquel tumulto, un ruido sordo semejante al que se produciria dando golpes repetidos en un caldero rajado. Es el pregonero público de Macaye que vá á hacer un pregon, con su voz aguda y gangosa. El ruido cesa, los juegos se suspenden. Todos escuchan con la oreja tendida :

« Mis habitantes de mi pais,

« Por el ordenamiento del Señor Alcalde,
« se repreviene al público que el mujer gran
« señora de Don Carlos Quinto está escondido
« en algun rincon de aquí, en la aldea de
« Macaye.

« Se resubentiende que si coge se errecon-
« sigue gran errecompensa se dará á su errea-
« presamiento. »

— Toma, dice un soldado, no sabia que aquí se hablase en francés.

Inmediatamente un Vasco se separa del grupo y se escurre por entre los zarzales, para ir á prevenir á Ganich del peligro que amenaza á la princesa. Este hombre es Manuel, el amigo fiel de Ganich.

Se forman grupos por todas partes; las gentes se hablan en voz baja, con el semblante inquieto.

— ¿ Que es lo que sucede en el pais ? se preguntan. Zangohariñ (el cartero rural) ¿ habrá traído alguna noticia ? Se le busca por todas partes, pues Zangohariñ es el cronista de la aldea. Pero, aquí viene el maestro de escuela; su aire es grave, preocupado; parece estar al corriente de la gran noticia del dia.

— El señor regente sabe alguna cosa, dicen todos, y la multitud le rodea, todas las bocas le preguntan á la vez. Cada palabra que cae de sus labios es recogida con avidez.

El maestro de escuela es el oráculo de la aldea.

VI.

LA TEMPESTAD.

¡ Que noche, Dios mio !

... El viento ruge, el trueno retumba...

Diriase el bramido de todos los monstruos de la creacion, amalgamados y confundidos unos con otros, destrozandose las entrañas con furia.

Relámpagos siniestros se suceden con una rapidez espantosa. Tan pronto, aparece el horizonte abrasado ; tan pronto, la noche se presenta oscura como el fondo de una caverna.

A veces el trueno produce un ruido seco y suelto como el tiro de una carabiná que estalla ; otras veces la tormenta ruge majestuosa ; es el concierto solemne de los cielos, una voz grave y sonora que parece decirnos : « Sobre tí y en las regiones infinitas, estoy yo ! »

! Dios santo! ¿ puede dudarse de vuestra existencia, cuando vuestra cólera se ostenta de esa manera? ¡ Pobres gusanillos lanzados sobre la tierra, como granos de arena en el espacio! ¿ qué sería de nosotros si no tuviesemos una alma, si nuestro criador para engrandecernos no nos hubiese favorecido con un soplo de su divinidad?

Las mangas de agua se desploman con furia; los riachuelos, transformados en torrentes, se precipitan desde la cima de las montañas. Las rocas desprendidas de sus asientos se entrecho-can con estrepito, la tierra retiembla.

¡ Ah! tengo miedo, tengo miedo, esclama la princesa acongojada.

Una lluvia de granizo y de piedras viene á destrozar los cristales de la casa que la abriga, y los elementos redoblan su furor y su rabia, las puertas empujadas por el viento se abren con violencia.

La desventurada princesa cree ver en torno suyo espectros y fantasmas.

¡ Dios mio ! Dios mio ! salvadme, exclama. Hé ahí los soldados que rodean mi casa, sus ojos chispean, oigo sus confusas voces . . . se acercan, gritan : « Aquí, aquí está la princesa. » No, yo no quiero morir en esta tierra extranjera . . . lejos de mi esposo, sin socorro, sin oraciones . . . ¡ Oh ! cuanto sufro, Dios mio ! . . . tened compasion de mi.

Y agitada, delirante, la princesa de Beyra cae al suelo, desmayada.

Mientras que el cielo parecia querer en su ira destruir la tierra, en medio de aquel espantoso caos, un hombre de estatura gigantesca, pasando por entre los arboles derribados por el rayo, sobreponiendose á aquel cataclismo, adelantabase con paso firme é intrepido, sin mas luz que la de los relámpagos para dirigir su marcha.

Mucho nos quiere Dios, decia aquel hombre; á no ser por esta tormenta, sin estos abismos improvisados, la princesa estaba perdida. ¡ Pobre princesa ! ¡ Sola en mi casa con un anciano inutil y un niño en la cuna, cuanto debe sufrir !

.... ¡Cómo la animaría yo si pudiera estar á su lado! pero pronto la consolaré, la noche ha sido buena ¡ bendito seais Dios mio!

Y el valoroso Ganich continuaba su marcha, alegre y contento al ver que la lluvia y el granizo azotaban su cuerpo, al sentirse arrastrado por el viento y herido por los pedazos de rocas que rodaban de lo alto de las montañas... Hubiera desafiado al huracan, si no hubiera creído en Dios.

Peró, adonde se dirijia? Su mision debia ser bien importante, para que se espusiera de aquel modo á una muerte casi cierta. Y ¿porque daba gracias á Dios de haber creado, en aquella noche, abismos espantosos?

Iba á preparar los medios para restituir á los egercitos carlistas la esposa de su Rey; y bendecía á Dios, porque, grácias á aquel espantoso caos, la vigilancia de los guardas se habia hecho imposible y la salvacion de la princesa estaba asegurada.

Existen caracteres tan ardientes para el bien, que ningun obstáculo los detiene, y cuanto mayor sea el peligro, se acrecienta tambien la constancia y el valor de aquellas naturalezas privilegiadas.

Hay por ejemplo necesidad de lanzarse en medio de las olas ó de las llamas, para salvar á un desgraciado? Haced la menor indicacion á uno de esos hombres y no titubeará un momento!.....

Cuando Manuel entró en la casa de Ganich, la princesa se hallaba sola con sus protectores; estos eran un anciano y un niño enfermo. Maria habia salido en busca de algunos medicamentos para el segundo, y Rafaela que no vivia con su hermano se habia retirado á su casa.

Al saber la noticia traída por Manuel, Ganich túvo la idea de marcharse inmediatamente á escoger para la princesa un asilo mas seguro; pero la idea de que iba á dejarla sin apoyo, sin

socorro, le decidió á esperar el regreso de su muger. Sin embargo, á medida que la noche se adelantaba, grandes nubarrones negros se amontonaban en el horizonte, el relampago brillaba y el trueno bramaba sordamente en lontananza. Todo hacía presagiar una proxima tormenta.

Dos horas se pasaron en una ansiedad mortal . . . Maria no habia regresado á casa.

No quedaba yá un momento que perder, para preparar la evasion de la princesa. Ganich dió á Manuel sus instrucciones para su hermana, y se lanzó al campo, despues de haber encomendado la princesa á la proteccion del cielo.

VII.

UN CUERPO DE GUARDIA EN MACAYE.

Mientras la tempestad bramaba con furia, y la princesa, en su delirio, creía ver espectros y asesinos por todas partes; mientras que Ganich desafiaba todos los peligros, y daba gracias á Dios de haber creado aquella noche infernal que encubría tan bien sus proyectos, una escena de otro género tenía lugar en una casa de Macaye.

El lector nos permitirá que le describamos esta casa; de este modo, le proporcionaremos una idea de la arquitectura vasca.

Un techo triangular cubierto con tejas se inclina en forma de *châlet*. La fachada de mampostería está horadada con aberturas irregulares; las ventanas pintadas de encarnado, tienen

la forma de una cruz, y la puerta de entrada es circular como un portal de iglesia. Sobre este portal se levanta un crucifijo. En otras partes, reemplaza este crucifijo la estatua de la Virgen ó una piedra cubierta con inscripciones originales (1). Nada hay que inspire tanto respeto como estos frontispicios.

A la entrada de la casa se halla una pila de agua bendita; el techo doméstico és considerado por el Vasco como un verdadero santuario. Delante se abre un gran vestíbulo conocido con el nombre de *Escaratza*. Sirve para encerrar los aperos aratorios del propietario; allí tambien és donde, despues de la cosecha, rastrilla el trigo y descorteza el maiz; el vestíbulo divide la casa en dos cuerpos de vivienda.

Reunida en esta vasta pieza, al rededor de una fogata improvisada, una escuadra de sol-

(1) Así en Ainhoa se vé, sobre la puerta de una casa, una piedra en la que se halla grabada por entero el acta de compra de esta casa; es un pergamino imperecedero que atestigua el derecho del propietario.

dados envueltos en una espesa nube de nauseabundos vapores de tabaco, hablaba de los acontecimientos que preocupaban al país. El cabo Beaudiseur escitaba con su verbosidad incansable, la admiracion de un círculo de oyentes que le escuchaban absortos.

— ¡Qué perro de tiempo! hémos aquí condenados á tascar el freno. Imposible el ir esta noche á prender á la princesa y á ese bandido de Ganich.

— Diga V., cabo, pregunta un soldado; ¿quien és esa princesa que nos trae fastidiados en este país de lobos?

— Camaradas, convengo en contaros el negocio, á condicion de que me *otorgueis* el mas profundo silencio.

— Basta, cabo, si no és mas que eso, figúrese que la escuadra és una bandada de sardinas.

— Yo no os garantizo de ninguna de las maneras la *verdad verdadera* de la relacion que voy á haceros. Yo ignoro la política; y los de-

rechos de los *petrendientes* me interesan muy poco. Sin embargo, la ley *oxálica* me parece razonable; soy de opinion que si alguno debe mandar un reyno, és el bigote y el pantalon.

— ¡ Bravo, por el cabo !

— Empero, hay algunas veces, *recambios* en este sistema; voy á haceros *el parte del negocio*, como se lo hé oido decir á nuestro capitán que és un hombre muy entendido :

— Habia, en su tiempo, un rey en España que se llamaba Fernando VII; y hé aquí que éste rey era casado. Los reyes envejecen como los demás; deben, como los demás, pagar su tributo á la naturaleza.

— ¡ Caramba con el cabo! habla como el cura de Carcasona, dijo un hijo del Languedoc.

— Enfin, tenia que hacer su testamento, y las mugeres, como vosotros lo sabeis todos, tienen muchas veces antojos de vestirse los calzones.

— ¡ Ah cabo! lo que és Fanchoneta, mi paisana, jamás llevará calzones.

— ¡ Calla esa boca, imbécil! tu paisana te llevará por la punta de la nariz.

— A Chaillot, Señor, desde Carcasona

— ¡ Silencio en las filas!

Es pues el caso que le dió el capricho á la reina Cristina de *disfrazar* con pantalones á su hija Isabel. Se llama eso en los libros trasformarse la corona en rueca.

— Diga V., cabo ¿ lo que las reinas hilan és algodón ó lana?

— ¡ Calla, Carcasona! las reinas de España no hilan mas que oro y seda.

— ¡ Callad todos! la reina de España bien podria en este momento desfilarse por el flanco izquierdo, puesto que esos valientes carlistas no van del todo mal; pero muera la política. Ibamos pues diciendo, que la reina Cristina queria *disfrazar* con pantalones á su hija; pero, lo mismo que entre nosotros, los reyes eran siempre, en España, los destinados á empuñar las riendas del gobierno, y Don Carlos *subsecuentemente* á quien correspondia *agarrar* el

baston de mando, si el rey Fernando no hubiese dispuesto lo contrario en su testamento.

— ¡Cáscaras! ¡ que bien que sabe el cabo hacer versos !

Y el cabo halagado con esta lisonja, se detiene un momento, tose, acaricia su bigote ; y continua en los terminos siguientes :

— Juzgad, pues, si el testamento del rey debia satisfacer á Don Carlos. Sus amigos, que eran numerosos, reuniendose *subrepticamente* han formado regimientos, batallones, escuadrones que és un gusto. Desde entonces las victorias se suceden unas á otras, á pedir de boca! Al saber todo esto, Don Carlos ha venido en persona y ha dicho á los suyos : Héme á quí ; he venido á batirme con vosotros.

— ¡ Hé ahí un valiente, esclaman por todas partes; todos los reyes no se pondrian á la cabeza de sus ejércitos ! y el auditorio aplaude con entusiasmo.

— Pero, un rey, continuó el cabo, és como vosotros de carne y hueso y no puede siempre

estarse soltero ó viudo. Por lo que, consecuentemente, Don Carlos se casó con la princesa de Beyra á quien nosotros perseguimos y á quien tenemos la consigna de prender en casa de Gannich; el matrimonio se hizo en Londres, segun creo, pero de esto no estoy seguro.

— Perdone V. y dispense, cabo, si le interrumpo, ¿ cómo és que el matrimonio ha podido hacerse en Londres, puesto que Don Carlos él se está aquí?

— Es porque se ha hecho por poderes; y el cabo, despues de haber pronunciado estas palabras con voz hueca y enfática, pasea su mirada sobre el auditorio para ver el efecto que ha producido.

Toda la escuadra está asombrada de la ciencia del orador, y queda por un momento en silencio, hasta que el mas atrevido interpelándole le dice:

— Diga V., cabo, esplíquenos V., pués que viene á ser eso de matrimonio por poderes.

— El cabo, despues de haber reflexionado un momento : Supongamos, contesta, que tu estás ahora en Macaye y tu novia está como quien diría en Carcasona; pues bien, tú envias al burgomaestre ante el señor Alcalde á quien aquel dice sí por tí.

— De todas maneras, és una graciosa manera de entrar en el *cónyungo*. Por vida mia, cuando yo me case con mi paisana, me presentaré yo mismo delante el Señor Alcalde de Carcasona; á nadie cederé mi puesto.

— En esta clase de matrimonios ¿ se cede por ventura completamente el puesto ?

— Esto no me interesa á mí, responde el cabo, y continúa :

— Una vez casada, ¿ que cosa mas natural sino que una muger se reuna con su marido ? Por este motivo, la princesa ha venido á esta frontera para acercarse á Don Carlos, y és por lo que nosotros hemos recibido la orden de detenerla á su paso. Pero, como lo sabeis todos, hay un pícaro de hombre llamado Ganich que

quiere jugarnos la partida, ayudando á esta princesa que, por mas señas, se halla oculta en su casa. Por esta noche tenemos contra-órden, supuesto que este endiablado tiempo no permite que nos pongamos en movimiento; pero mañana, en cuanto la aurora, con sus dedos de rosa, abra las puertas de Oriente. . . .

— Dispense V., cabo, yo hé estado en Oriente y jamas hé visto puertas.

— ¡ Bestia ! ¡ animal ! yá se conoce que no has estudiado la *romántica*. Decía pues, que en cuanto la *aurora, con sus dedos de rosa, abra las puertas de Oriente*, irémos á tomar por asalto la casa de Ganich.

— ¡ Qué bonita *fioritura* para la conclusion de una órden del dia !

— Ahora, chicos, que la historia se ha concluido, cada cual vuelva á su cama de campaña; y mañana al toque de corneta.

— Paso redoblado, marchen !

VIII.

FUGA DE LA PRINCESA.

A las deshechas tormentas suceden casi siempre las grandes calmas. Diríase que la naturaleza irritada, delirante, haya agotado toda su furia.

Poco á poco el ruido de la tempestad se va alejando. Los relampagos, sin embargo, alumbran todavía de vez en cuando las crestas de las montañas, y caen lentamente gotitas de agua, de los arboles que el huracan há respetado. Una suave brisa acaricia el follage; la rana tranquilizada vuelve á la superficie del agua y salta por los cañaverales. El ruiseñor mismo, este inimitable artista de los bosques, repuesto de su miedo, vuelve á entonar sus interrumpidos gorgoros. Disípanse las nubes y se

ostenta por fin el cielo engalanado con sus millares de brillantes luceros. No parece sino que la naturaleza, recobrada del susto, há vuelto á su habitual calma, al ver que la colera de Dios se há apaciguado.

¡ Eterno Dios ! ¡ Cuan admirable se ostenta vuestra omnipotencia, en medio de esos espacios infinitos en los cuales se pierde y se confunde la mirada del hombre ! A vos que sois la inmensidad misma ; á vos que sois la gloria eterna , el criador del hombre y de las maravillas todas del universo, os correspondia por palacio la inmensidad de esos cielos , y por acompañamiento esas legiones de astros cuyos numero no está sujeto á calculo , y que vuestra omnipotente palabra sacó de la nada.

¿ No reunisteis acaso en armonioso concierto todas esas maravillas , para la admiracion y el deleite de aquel á quien habeis otorgado el infame privilegio de conoceros y de adoraros ? Hubieran sido inutiles para las bestias cuyo instinto limitado no alcanza á comprenderlas ni

á comprenderos. Pero, habeis dotado al hombre de una alma racional y le habeis dicho : esas maravillas que ves no son mas que una sombra de las que algun dia serán tu patrimonio si aceptas mi yugo si no imitas á Lucifer.

¡ Dios mio ! ¿ quien dejará de contemplar con asombro la inmensidad de esas regiones infinitas en las cuales se pierde la vista ? ¿ Quien dejará de admirar esa boveda con sus millares de chispeantes luceros, cuyo numero compite con los granos de avena y con las gotas de agua del Oceano ? Vos sois el inimitable artifice que suspendió todos esos prodigios sobre nuestras cabezas , no solamente para manifestarnos vuestra inmensidad y vuestra omnipotencia, sino tambien para que el hombre viendo en ellos una prueba de vuestra bondad infinita, aprendiera á comprender las delicias celestiales que le teneis reservadas, si observa vuestros preceptos, si sabe guardar vuestra ley.

¿ Porque la criatura há de rebelarse contra su criador? Los placeres del mundo son efimeros y fugaces. La vida es un sueño que pasa como una sombra. Y ¿ que queda despues? Una piedra, un monumento tal vez sobre el cual una madre afligida ó un hijo desconsolado depositan algunas flores que al siguiente dia se marchitan y desaparecen, barridas por el viento. Las injurias del tiempo carcomen y destruyen hasta el marmol mas duro. Las pomposas inscripciones se borran; y al cabo de algunos años, el caminante ni siquiera se apercibe de que allí descansan los restos mortales de un poderoso de la tierra.

Una cosa sobrevive al hombre; es el recuerdo del bien que há hecho en este mundo. Ese recuerdo se trasmite de una generacion en otra, sin que la marcha rapida del tiempo que todo lo arrebatara logre borrar sus huellas.....

.....
.....
.....

Semejante á aquel que, sorprendido por el sueño en medio de una tempestad, se despierta cuando á la furia de los elementos hán sucedido la calma y el silencio, del mismo modo la princesa recobra el uso de sus sentidos, cuando la calma se há restablecido en su derredor. Abre en seguida los ojos, pero horribles fantasmas la persiguen todavía. No tardan empero en desaparecer aquellas visiones siniestras. Una suave claridad penetra en su cuarto. Se levanta y atraída, como si cediese á una influencia magnetica, por aquel resplandor misterioso, se acerca á la ventana, contempla aquella noche serena y apasible, y la magestad del espectáculo que se presenta delante de ella la adormece en un extasis delicioso.

Sus ideas acarician los recuerdos mas agradables de su vida. Figurase en su palacio de Salsburgo, rodeada de los suyos, en frente de aquel mensajero que vino un dia á ofrecerle una corona. ¡ Que brillantes ilusiones se desarrollaban entonces á su vista! Y cuando la fama vino

á anunciarle que su noble esposo marchaba de triunfo en triunfo; cuanta no fué su impaciencia por reunirse á el, por compartir sus peligros y su gloria! Luego, recordando su actual situacion, los ojos de la princesa se humedecen con lagrimas; la soledad le infunde miedo, su pecho exhala profundos suspiros; casi duda de su porvenir. . . . Su noble protector está ausente. Acosada, perseguida, ¿podrán la astucia y el valor de Ganich arrancarla á las asechanzas de sus enemigos? ¡Cuan lentas corren para ella las horas en situacion tan critica!

De repente un ligero ruido llega á sus oidos. Escucha, aquel ruido se va acercando. Sientense cautelosas pisadas sobre el granito del sendero. El terror se apodera otra vez de ella. Son talvez enemigos que vienen á prenderla. Pero, pronto, á la palida claridad de las estrellas, cree reconocer á Rafaela, á la digna hermana del valeroso Ganich y á Miguel su anciano criado. Yá no hay duda, son ellos. Su corazon late con violencia y se abre á la esperanza.

— ¡ Rafaela ! exclama á media voz la princesa ¿ eres tu ?

— Si señora y vengo con Miguel para salvaros.

— ¿ Y Ganich , tu buen hermano ?

— Mi hermano es precisamente quien nos envía aquí. El paso del río está impracticable ; venid á mi casa , y en cuanto amanezca , iremos á reunirnos con Ganich en una cueva que solo nosotros conocemos y en la cual nos aguardará.

— Pero , ¿ como podré salir de tu casa , sin ser descubierta ?

— Esto será fácil , Señora. La pobre Ramona , mi vecina , há muerto ayer. Esta misma mañana debe darsele sepultura , y ambas nos reuniremos á la funebre comitiva que pasará por delante de la cueva. Bien hubiera deseado mi hermano acompañarnos ; pero , yá lo sabeis , la frontera esta cuajada de soldados y aduaneros ; y su libertad es demasiado preciosa en estos momentos para que se exponga al peligro de perderla.

— ¡ Que corazon tan noble y que abnegacion tan grande la de tu hermano, para haber arros-
trado los peligros de la noche pasada ! ¿ Creés,
Rafaela, que haya podido llegar sin novedad á
la cueva ?

— No tengais, Señora, temor alguno; Dios
vela sobre nosotros. Pero, daos priesa; nuestro
amigo Manuel há dicho que no habiá un mo-
mento que perder; los pantalones encarnados
no tardarán en llegar, ahora que la tempestad
há cesado.

Algunos instantes despues, la princesa y sus
dos acompañantes abandonaban la casa de Ga-
nich, y entraban cautelosamente en un sendero
perdido entre la maleza y cuyo piso granitico
facilitaba su paso.

Durante algunos momentos, el ruido de los
pasos de nuestros tres viageros fué lo unico
que interrumpió la calma de la noche. Despues
todo volvió á quedar en silencio.

IX.

SITIO DE LA CASA DE GANICH.

— 84 —

Cuando la princesa y sus dos acompañantes se dirigian á la casa de Rafaela, un hombre velaba todavía en un gran cuarto de una casa de Macaye, á pesar de la hora avanzada de la noche.

Este hombre está de codos sobre una mesa cubierta de papeles, con la cabeza apoyada en ambas manos. A su lado chisporrotea una vela de resina cuya triste claridad apenas alcanza á los modestos muebles de aquella pieza y á los ennegrecidos solivos que sostienen el techo.

Nada de colgaduras ni adornos en las paredes; solamente algunos cuadritos candorosos, tales como : el Judio Errante al lado de Napoleón ; las batallas del último imperio cerca del

Juicio Final ; el Diablo de las doblas de oro haciendo juego con la Resurreccion de Nuestro Señor. Algunas sillas de madera y grandes armarios ennegrecidos por los años. En un rincón, una mesita que cubre un lienzo blanco adornado con una puntilla y sobre esa mesa una pequeña estatua de la Virgen con su rosario y corona de siemprevivas. En el fondo, una inmensa cama que podria dar colocacion á una familia entera y de tal manera elevada sobre sus pies, que una escalera es casi indispensable para subir á ella ; grandes cortinas con dibujos fantásticos se destacan sobre un fondo que fué de rosa, y que hoy blanquea, merced á las injurias del tiempo. Encima de la cabezera, una agua-benditera de cristal, coronada con un crucifijo, y sobre este un ramo seco. Nada de cerraduras en las puertas ; la inviolabilidad del hogar vasco dispensa de esta precaucion.

El hombre que vela todavia, cuando todos duermen en la aldea, es el capitan Flaminau

que manda el destacamento acantonado en la jurisdicción de Macaye. El capitán está sombrío, inquieto, preocupado : há recibido de su general la orden de detener, en aquella noche , á la princesa de Beyra ; pero la espantosa tempestad que estalló á la entrada de esa misma noche, le obligó á aplazar la ejecución de aquella orden hasta el siguiente día. Grande es la responsabilidad que se ha echado encima, un hombre acostumbrado á la obediencia ciega y pasiva de la milicia. En efecto, el capitán salido de una clase oscura, no debía su elevación mas que á la antigüedad de sus servicios. Por unos momentos tuvo la idea de poner á sus soldados sobre las armas ; pero el campo se halla todavía inundado, los caminos transformados en riachuelos están intransitables ; y en semejantes circunstancias, sería una temeridad el poner la tropa en movimiento. Esta idea devuelve un momento la calma á su espíritu , pero muy luego, nuevos pensamientos le asaltan ; se levanta de su asiento y se pasea con agitación por el cuarto.

« La mision que se me ha confiado es bien grande, se dice á si mismo ; la detencion de una princesa no se verifica todos los dias, y mi porvenir depende del tacto con que la ejecute. Si salgo bien, héteme comandante y caballero de la Legion de Honor. Y, para alcanzar todo esto, hay que usar de prudencia, de habilidad y de inteligencia. Pero, ¿para que inquietarme? La detencion es segura; la princesa se encuentra en casa de Ganich, los informes son positivos. Imposible que con tan deshecha tormenta se haya puesto en marcha. . . . sin embargo, Ganich es un hombre sagaz, astuto ; conoce los atajos mas extraviados y ocultos de este pais. Tengo que habermelas con un terrible adversario ¿quien sabe si no habrá ya logrado poner á la princesa en salvo? »

Y presa, otra vez, de sombríos presentimientos, el capitan acelera el paso, golpeandose la frente.

Luego, sus ideas toman otro curso. — ¡No, esclama, es imposible! Una mujer timida y

delicada no puede exponerse con esta noche infernal; y al apuntar el día, prenderemos á la princesa como en una ratonera. — ¡Ah! ¡Ganich! ¡Buen mozo! ¡tu no sabes con quien tienes que habertelas! Yo sabré burlar tus estratajemas, y tu astucia no servirá mas que para dar mayor realce á la mia.

El capitán se sienta de nuevo, y rebotando su corazón en entusiasmo, redacta con mano firme la proclama siguiente :

« SOLDADOS ,

« El cielo se ha mostrado, por un instante, celoso del éxito reservado á nuestras armas.

« Una tempestad espantosa nos ha condenado á la inacción, esta noche; pero nuestros enemigos han sido víctimas de la cólera del cielo.

« La princesa de Beyra está en casa de Ganich. Dentro de algunas horas una y otro estarán en nuestro poder.

« Soldados, no faltareis á vuestros deberes. Pensad, que desde la cima de esos Pirineos cuarenta siglos os contemplan ! »

Y, orgulloso con su parodia napoleonica, nuestro buen capitan se deleita, creyendo ya entre sus manos á los que tenia encargo de prender. Llama á un sargento que dormia en el cuarto contiguo y le entrega su proclama, con órden de fijarla inmediatamente en la puerta de la iglesia de Macaye.

Por fin, el dia amanece, se oye la diana, y la poblacion sobresaltada se encamina curiosa á la plaza de la aldea.

Todos admiran la órden del dia del capitan. ¡ Hé ahí buen francés ! esclaman por todas partes. El maestro de escuela la traslada á sus libros, con propósito de enseñar á sus discipulos como se habla á sus subordinados en los momentos solemnes. En cuanto á los soldados, estan entusiasmados. Sin embargo, todos los Vascos de corazon generoso experimentan una

impresion penosa. — ¿ Que vá á ser de Ganich ? se dicen unos á otros ; Ganich nuestro compatriota , nuestro amigo , nuestra Providencia ? Ir á su casa para anunciarle el peligro que le amenaza , es imposible ; por todas partes la alarma está dada , se nos veria y seriamos perdidos , sin esperanza de socorrerle.

Muy luego , se oye la voz de mando del comandante.

¡ ¡ Adelante , paso redoblado , marchen ! ! dice el capitan Flaminau , tomando una postura marcial. El toque de las cornetas resuena , y los soldados se ponen en movimiento.

Imprudente parecerá á mis lectores que la tropa , en circunstancias semejantes , marchase con tanto estrepito. Pero el comandante estaba seguro de su golpe. La evasion de la princesa era cosa imposible , en atencion á los obstáculos , al parecer insuperables , que la rodeaban. Los campos estaban inundados , y la Nive se habia trasformado en un torrente invadible.

Apenas la tropa ha rebasado las últimas casas de la aldea, cuando surgen peligros de toda especie que dificultan su marcha. Todo vestigio de camino ha desaparecido; hánse las veredas convertido en riachuelos, formando estos en mas de un punto, remansos espaciosos y profundos. Los soldados comprometidos en aquellos cenegales, no saben que direccion tomar; los unos cayendo en un foso, se enfangan hasta la cintura; los otros tropezando con troncos de árboles, miden, tan largos como son, el suelo. No se oyen por todas partes mas que gritos, juramentos y maldiciones.

Sin embargo, el capitán Flaminiau no pierde su presencia de ánimo. Vamos, hijos míos, esto no es nada, esclama con voz de trueno. ¡Adelante! y como no hay dificultades ni peligros para el valor francés, los soldados se abren paso al través de los pantanos, y salvan los obstáculos que obstruyen el camino.

A lo lejos aparece la blanca y modesta casa de Ganich, aquella terrible fortaleza que hay que tomar por asalto.

Llega por fin la tropa ; algunos soldados son destacados para guardar las salidas de la casa ; los demas se forman en batalla.

Cada ventana, cada tragaluz , tiene fijas sobre sí una docena de miradas.

El momento es solemne , grande la ansiedad. El capitan Flaminau avanza dos pasos adelante y con voz estantorea, dice : « En nombre de la
« ley y por órden de S. M. el rey de los Fran-
« ceses , princesa de Beyra , nosotros os pren-
« demos. Rendios , toda resistencia es inutil. »

Una descarga acompaña esta intimacion , y los apacibles ecos de la montaña , repiten atur- didos tan extraño é inusitado estruendo. La casa permanece sin embargo silenciosa. El capitan furioso al ver que se hacen los sordos, manda derribar las puertas.

Inmediatamente su órden es ejecutada, y penetra majestuosamente en la fortaleza , al frente de sus bravos. En el piso bajo nadie. Suben la escalera nadie. Se derriban otras tres puertas y nadie tampoco.

Pero, presentase una gran sala abierta, á la vista de los heroicos vencedores estupefactos, y en ella una inmensa mesa, cubierta con un mantel que arrastra hasta al suelo, y que conserva aun las señales de una suntuosa comida. Un servicio completo de plata deslumbra sus ojos. El capitan Flaminau se lanza á aquel aposento, y trémulo de sorpresa, levanta una punta del mantel. . . . nada. Se hacen trizas los armarios. . . . nada, nada tampoco.

Y no obstante, el fuego arde todavia, indicando que la casa ha sido recientemente abandonada. El capitan empieza á perder la cabeza; el empleo de comandante y la cruz le parecen seriamente comprometidos.

De repente, hierre su olfato un aroma desconocido entre las gentes del campo. « ¡Amigos míos, » esclama, « es ether, la princesa está aquí ! » Una última puerta cerrada se presenta á su vista : allí está la causa de los efluvios aristocráticos que han herido su olfato. Adelantase seguido de sus soldados y con voz

suave y melosa : « Princesa, dice, el ether que
« llevais, os ha descubierto; es inutil toda resis-
« tencia, abrid esa puerta que nos separa. »

El silencio responde á esta nueva intimacion. El capitan aplica su oido contra las hendiduras de la puerta y ¡ cuanta no es su alegria ! oye sollozos , suspiros ahogados. — Ya no cabe duda, la princesa esta allí. Llama suavemente, é imprimiendo toda la posible dulzura á su voz acigarrada : « Señora, vuelve á repetir, abrid de
« una vez ; os lo suplico Somos enemigos,
« es verdad, pero no abusaremos de la victo-
« ria. No tengais temor alguno, somos France-
« ses ante todo. »

En vano fué que el capitan hiciese prodigios de galante oratoria. Los lloros y los suspiros continuaban ; pero el cuarto permanecia cerrado. Entonces, nuestro gefe, perdiendo la paciencia, arranca un fusil de las manos de un soldado, y de un culatazo derriba la puerta.

¡ Dios eterno ! ¡ que petardo ! Un niño demã-
crado por los padecimientos descansaba en una

cuna, é inclinado sobre él, un anciano de cabellos blancos procuraba consolarle. Sobre una silla, un sombrero de amazona con un velo verde. En el suelo, una maleta elegante y los pedazos de un pomito roto.

Interrogado, vacila el anciano; pero intimado bruscamente para que hable, se endereza y recobrando el valor y los bríos de su juventud :
« En vano, contesta, os fatigais señores; no se
« encuentra aquí la que buscais. Ha salido esta
« noche y á la hora esta debe haber ya pasado la
« frontera »

Aquí, el telon cae; renunciemos á pintar la estupefaccion de nuestro buen capitan.

X.

UN ACOMPAÑAMIENTO FUNEBRE.

— 111 —

Un campaneo lento y acompasado difunde por el espacio monótonos y lugubres tañidos. Aquellos golpes secos de martillo dados sobre el bronce, anuncian que la muerte há hecho otra nueva victima, é hieren el alma de profunda tristeza. ¿Porque, Dios mio, habeis contado los dias del hombre? El eco se apodera inmediatamente de aquellos sonidos, y semejante al trueno que, rodando majestuosamente sobre nuestras cabezas, parece decirnos : « ¿ Oïes ? ¡ esa es la voz de Dios ! » Del mismo modo aquellos acentos lugubres, prolongandose por los aires, vienen á decirnos tambien : « ¡ Yo soi el que hablo, yo, tu soberano juez ! » Por un momento te habiá entregado á ti mismo

para probarte. Ahora me apodero de tí; porque nunca hás dejado de pertenecerme. »

Esos tañidos anuncian hoy que una madre há sido arrebatada al cariño de sus hijos. Mañana serán el eco de los sollozos de una esposa que há perdido á su esposo ; Triste separacion á la cual el corazon del hombre no puede resignarse ! Pero , ¿ quien tendrá la fria audacia de asegurar que la totalidad del ser á quien tanto amaba, há dejado para siempre de existir ?

Se recobra una fortuna perdida, un bien estar que há desaparecido ; pero lo que la inexorable muerte há arrebatado una vez ; ah ! esto no se recobra jamas ! Cuando nos detenemos en este pensamiento desgarrador , la duda envuelve nuestro espiritu con su fatidica sombra ; y seriamos presa de la desesperacion, si la idea de Dios no nos presentáse consoladores horizontes en lontananza.

¿ El destino del hombre será acaso semejante al de la bestia ? ¿ Serán por ventura llamados á confundirse en una misma fosa ?

... El hombre vence á la pantera, doma los leones ; los animales todos de la creacion obedecen á su voz. ¿ Será posible que la muerte los iguale, al pasar sobre ellos su nivel ? No, porque despues de la muerte de la creatura racional, sobrevive una llama y esa llama sostiene y perpetúa mas allá de la tumba la diferencia entre ella y la bestia. Esa llama es aquel destello de la divinidad, prenda inefable que nos asegura otra vida mejor. Esta idea es, en las grandes aflicciones, el balsamo sin igual que cura y cicatriza las heridas del corazon. — La madre dice al hijo de sus entrañas que la muerte le arrebatara : « Yo volveré á verte. »

¿ Porque cubrimos de flores una tumba ?
¿ porque oramos sobre ella ? El culto mismo de los muertos ¿ no es acaso una prueba de que creémos en la inmortalidad del alma ? El es el que sostiene y aviva la llama del recuerdo, el es el que lleva la esperanza al corazon atribulado.

.....

Un modesto cuarto estaba tendido de negro, y, en medio, entre dos cirios encendidos, yacía un ataúd cubierto con un paño mortuorio que encerraba los últimos despojos de una madre, joven todavía. Un grupo de parientes y de amigos se dirigía á esa casa, para ofrecer á la memoria de esta pobre madre su postrer tributo, el de su aflicción. Los hombres vestían grandes capas de esclavina, trage precioso cuidadosamente conservado en las familias vascas y que se transmite de padres á hijos. Las mugeres estaban envueltas en sus grandes mantos negros que hémos descrito yá, y que sirven á las Vascas para todas las ceremonias religiosas.

En el momento en que el grupo se detenía en el portal de la casa mortuoria, llegaron otros dos capuchones, totalmente cerrados, pero hasta tal punto que era imposible distinguir las facciones de las que los llevaban.

No tardan en entonarse las estrofas de un cantico monotonó y melancólico. Un estrechimiento sordo anuncia que se levanta el cuerpo.

Los lloros, las lagrimas estallan, y el ataud, conducido á hombros por cuatro gallardos mancebos, arranca y lleva en pos de si una ultima esperanza de la desconsolada familia.

Inmediatamente, la funebre comitiva se pone en marcha en medio del mas profundo silencio, interrumpido solamente de vez en cuando por los versiculos de aquellos salmos tan sublimes como desgarradores cuyo cantico acompaña á los muertos.

El camino por donde se dirige, gracias á su base granitica, habia sido respetado por la tormenta; algunos charcos de agua, faciles de evitar, se presentan solamente de trecho en trecho.

Los dos capuchones marchaban al lado uno del otro, cambiando de vez en cuando algunas palabras.

— ¡ Que serenidad ! decia una de ellas : en medio de la tempestad há preparado mi evasion. ¡ Que corazon tan esforzado ! ¡ Que Dios le recompense !

— ¡ Quien no se interesaría por vos ! decía el segundo capuchon negro.

— ¡ Pensar en disfrazarme de este modo para burlar la vigilancia de nuestros enemigos ! proseguía la princesa , pues era ella. ¡ Que inspiración tan feliz ! ¿ La cueva que tu conoces está lejos de aquí ? ¿ Sabrás guiarme á ella ?

— No tengais cuidado , señora , respondía la voz de Rafaela ; mi hermano os há colocado bajo mi salvaguardia y podeis contar con migo.

En aquel mismo instante , los tiros disparados por los soldados del capitán Flaminiau resuenan en la montaña.

— ¡ Dios mio ! ¿ que es ese ruido ? ¡ diríase fuego de fusilería !

— Son los soldados que penetran en la casa de mi hermano ; hallarán al anciano y al niño que vos habeis dejado en ella y los respetarán por su debilidad.

— ¿ Oyes esas voces , ese griterío ? Los soldados vienen en pos de mi ¿ Podrán perdonarme que les haya escapado ?

— Están muy lejos de nosotros, y no sospecharán que estais aquí.

— Pero, al ver el desorden de mi aposento, ya se figurarán que no estoy lejos.

— Os buscarán en las casas de la vecindad y eso los detendrá.

Despues de rodear la vertiente, la comitiva penetró en un valle en donde el rio se precipitaba con estrepito.

— La Nive parece estar alborotada, dijo la princesa, ¿ como podremos vadearla ?

— Tranquilizaos, señora; Ganich juega con los peligros. El sabrá conducirnos sin novedad á la orilla opuesta.

— Apesar mio, negros presentimientos me asaltan, continuó la princesa; este ataud, esta lugubre ceremonia, estos llantos, estos vestidos negros : todo esto me causa miedo ¡ Dios mio ! sostened mi valor.

— Calmaos, señora, ¿ no hémos arrostrado acaso, esta noche, otros peligros mayores ? Estabais entonces animada, ¿ y desmayais ahora

que casi hémos logrado conjurarlos todos, ahora que divisamos el puerto? Tened, señora, fé en Dios.

La distancia que separaba á nuestros dos interlocutores de las demas personas de la comitiva, les permitiá hablar con libertad. En esta clase de ceremonias, especialmente en el campo, se separan y hasta se alejan las personas unas de otras, cuando el trayecto que hay que recorrer es largo. Cada uno habla con su vecino, solo los parientes guardan silencio : el verdadero dolor es mudo.

Mientras tanto, se acercaban al rio ; los arboles, los bosques y los caserios que lo ocultaban hasta entonces á su vista, habían ido poco á poco desapareciendo.

El estruendo causado por aquellas masas de agua, al rodar unas sobre otras, se hacía cada vez mas espantoso. Aves acuaticas, blancas como cisnes, huespedes constantes de los rios desbordados, volaban de una á otra orilla. Se les veia desaparecer debajo del agua, sobre-

nadar despues , volver á sumerjirse y reaparecer á la superficie.

El acompañamiento fatigado se detuvo para descansar ; se depositó el ataúd en el suelo y los parientes lo rodearon , prorrumpiendo en nuevos llantos. Poco á poco el grupo dispersado se reúne ; los mantos y las capas se acercan y se juntan. Hubieraseles tomado asi agrupados por una especie de catafalco que venia á aumentar el melancolico conjunto de aquel cuadro.

— Pero , ¿ en donde estamos ? dijo la princesa al oido de Rafaela.

— ¡ Silencio ! yá no estamos solos , y la menor palabra podriá perdernos Todo está listo ¿ le veis allí ?

En el mismo instante se entreabrió suavemente un zarzal ; un ojo brillante como el relampago se fija en la princesa y en su compañera.

La esperanza renace en el corazon de la princesa.

XI.

DIALOGO EN LA CUEVA.

El cielo se há serenado y el astro del dia, levantandose majestuoso por la opuesta falda de la montaña, derrama torrentes de luz. Las aves cantan, los zarzales se balancean suavemente al soplo de la brisa. Los riachuelos desbordados, abandonando sus cauces, se precipitan en la llanura. El rio encenegado hierve y desaparece rodando una ola trás otra, semejante á un rebaño de carneros cuya lana há perdido su blancura, y que el aullido del lobo empuja en desordenado tropel á un barranco.

Y el funebre acompañamiento estaba allí, inmóvil, esperando la señal del sacerdote para volver á ponerse en marcha. ¡ Que contraste tan singular, tan propio para inspirar amargas

reflexiones, entre la sombría tristeza de los que rodeaban aquellos despojos mortales y el animado espectáculo de la naturaleza !

Pero hé aquí que un gran manto negro se separa insensiblemente de la comitiva, y se dirige hacia el punto en donde acaba de brillar aquel ojo misterioso.

— Soi yo, dice en voz baja la princesa.

— Venid pronto, señora, responde una voz bien conocida; voi á conduciros á lugar seguro; vuestro escondrijo está dispuesto. Y Gannich, tomando la mano de la princesa, desaparece rapidamente con ella en una cueva, cuya entrada ocultaban enredaderas y arbustos de tupido follage.

Una arena fina cubre el piso de esta cueva en cuyo fondo se vé un rustico banco de césped, sobre el cual están dispuestos algunos manjares.

Aquí estais en completa seguridad, dice Gannich; nadie está enterado de la existencia de este asilo. Pronto disminuirá la corriente; yo

conozco sus caprichos. Ved; yá el agua recobra su limpidez, las aves de mar van desapareciendo, la golondrina há elevado su vuelo, lo que es buena señal, el cielo se há despejado; y la España la teneis en frente, añade Ganich, señalando á la princesa la cima de los montes.

— ¡ Dios os bendiga, hombre generoso que habeis arrostrado toda clase de peligros para salvarme! En vuestro corazon hay nobleza. Teneis cualidades para gobernar un reino y mereciais que el cielo os hubiese colocado en un trono.

— ¡ Yo rey! ¡ que idea tan singular!

— Eso escíta vuestra risa; pues bien, supon-gamos por un momento que fueseis rey; yo tendriá curiosidad de saber lo que hariais en tal caso. Vamos, abridme vuestro corazon, hablad. Tenemos que pasar juntos algunas horas, conversemos. Así correrán aquellas mas rapidas y olvidaré los peligros que me rodean.

— ¿ Que es lo que de mi exigis, princesa? Soi un pobre aldeano sin instruccion alguna. ¿ Que podria yo deciros? Me parece que si fuera

rey, desearia que todos mis subditos fueran felices. ¡ Compadezco tanto á los desgraciados!

Vos no sabeis, señora, lo que es sufrir. Ignoráis la verdadera miseria. Aquí es un padre, unico sosten de su familia, tendido sobre la paja, sin socorro de ninguna especie, en medio de sus hijos hambrientos. Allí es una pobre madre que no tiene mas que harapos para cubrir los delicados miembros del recién nacido de sus entrañas. Si fuese rey, me ocuparia yo mismo en la faena de encontrar la verdadera miseria, para mejor aliviarla; iría á la cabaña del pobre para darle el pan y los vestidos que le faltan. Yo no le pediría cuenta ni de su creencia religiosa ni de su fé politica. No veria en el mas que á un subdito mio y á un desgraciado.

— Esos sentimientos os honran; pero decidme, ¿ que medio emplearíais para combatir la miseria? . . .

— Yo tendría una caja siempre abierta para el alivio de los desgraciados que no pueden por

si mismos atender á su subsistencia. . . . Pro-
porcionaria trabajo á los que son sanos y ro-
bustos, sin distincion alguna. Así pues, yo no
diría « tu has sufrido una condena y te excluyo
de mi taller. » Esta seria una razon mas para
admitirle, porque el trabajo concluye casi siem-
pre por moralizar al hombre.

— Sin embargo, los hospicios, dijo la prin-
cesa, son un grande recurso para los desgra-
ciados.

— Sin duda alguna, señora; pero solamente
cuando los desgraciados que á ellos se acojen
son vecinos de las ciudades; porque en cuanto
á los labradores que viven en el campo, las
puertas de aquellos asilos no se abren para
estos mas que en el unico caso de serles nece-
sarios los auxilios de la cirujía.

— ¿ No podriais en el campo imitar el ejem-
plo de las ciudades ?

— ¡ Ay ! ¿ En donde están, Señora, los recur-
sos ? Las ciudades absorben nuestras riquezas;
los millonarios no vienen á vivir entre nosotros.

— Pero, decidme; ¿no reciben en los hospicios de las ciudades á los pobres del campo?

— Se les admite es verdad, pero, mediante una retribucion, y los pobres no tienen con que pagarla. — ¡ Ah ! ¡ si hubiese menos lujo en los hospitales, no habria necesidad de exigir la menor retribucion á los pobres, por la asistencia que se les dispensa en esas casas ! Comprendo la magnificencia en monumentos elevados á la gloria, á las artes, al comercio. Así se asegura trabajo á los obreros, y se legan á la posteridad soberbias obras de arquitectura; pero, los asilos consagrados á la caridad, yo quisiera que fuéran mas sencillos. ¿ Sabeis para que sirven en los pueblos esos palacios que se llaman hospitales ó casas de misericordia ? Sirven muchas veces para dar aliento y estímulo al desorden y al vicio. Mas de uno dice al verlos : vivamos alegremente, no nos ocupemos del dia de mañana; cuando seamos viejos ó achacosos, iremos allí y pasaremos nuestros últimos dias dichosos como príncipes.

— Lo que me decíis me interesa sobremanera y os oigo con mucho gusto. Son consejos que aprovecharé mas adelante. Pero, decidme, ¿ que mas hariais , si fuerais rey ?

— Concederíá una proteccion particular á las hermanas de la caridad que pasan su vida socorriendo al pobre y aliviando la desgracia.

— ¡ Oh ! ¡ cuanto amo á esas sencillas y virtuosas mugeres ! repúso la princesa ; podeis estar seguro de que no las olvidaré.

.....
.....

¡ Cuan acertada andaba Ganich al recomendar á la princesa á ese angel de bondad que llamámos la hermana de la caridad !

La hermana de la caridad es el lazo que une á la criatura con Dios

. . . . ¿ Oíis aquella voz suave y quejumbrosa, al lado de una cuna proxima á trasformarse en una tumba ? ¡ Pobre niño ! dice ella. Dios te queria para sí ; pero mi corazon te acompañará á la patria de los angeles

... Aquí teneis un intrepido soldado que arrostra la muerte con semblante risueño y sereno. El cielo y la tierra parecen confundirse en medio de densa y espesa humareda. El cañon retumbando, conmueve la tierra y lanza por los aires relampagos siniestros. « ¡ Valor ! hijos mios, dice la hermana; el campo de batalla es la senda que os conduce al cielo. Yo tambien sabré, si es preciso, morir con vosotros ; y si Dios me conserva la vida, me tendreis á vuestros pies, curando con mis manos vuestras nobles heridas. »

El aspecto que el campo de batalla presenta es horrible. Los cadaveres yacen por montones en el suelo. Gemidos, imprecaciones, lamentos desgarradores se oyen por todas partes. ¿ Donde estais, repite una y otra vez la hermana, pobres heridos ? ¡ Un quejido ! y estoi á vuestro lado, y si mis cuidados no alcanzan á aliviarnos, oraremos juntos. ¡ Martires del valor ! ved el cielo abierto á vuestra vista. Y la hermana de la caridad, inclinada sobre un cuerpo destrozado por

las balas , semejante á una madre cariñosa , derrama , con sus palabras de consuelo , el balmamo de la esperanza en el corazon del pobre moribundo.

Y sin embargo , esa humilde muger es mas de una vez la hija de encumbrados señores. Acostumbrada al lujo y al regalo , idolatrada por sus padres , rompió los lazos todos que la unían al mundo , sacrificó hasta sus mas tiernas afecciones , y ¿ para que ? Para encerrarse en apestados hospitales , para vivir de la vida de los enfermos y de los moribundos , para presenciari los horrores del campo de batalla , para morir en desiertas playas , entre salvages

La hermana de la caridad es cosmopolita. Su patria y su familia son el mundo entero.

Una madre , unico resto de una familia numerosa , llora y gime en el lecho del dolor. Un niño , victima de agudos y horribles padecimientos , llama á grandes gritos á una madre que yá no existe. Un joven extraviado por las pasiones espia cruelmente sus faltas , se desconsuela ,

se entrega á la desesperacion. Una joven que la miseria há arrastrado al vicio es un objeto de horror para sí misma; todos huyen de ella, todos la abandonan. Recuerdos amargos arrancan hondos gemidos á un pobre anciano que há sobrevivido á todas las afecciones de su corazón; la vida es para él un tormento. El ateo, viendo que este mundo se le escapa y torturado por los remordimientos, vomita horribles blasfemias. . . . Presentase de improviso una vision celeste; y la afligida madre, y el niño abandonado, y la joven expulsada de la sociedad, y el joven desesperado, y el anciano angustiado ven aparecer nuevos horizontes á su vista. Los lloros cesan, la esperanza renace, la tristeza se há trocado en alegría. Hasta el impío se ruboriza de sus blasfemias. La hermana de la caridad es el angel bajado del cielo que tales prodigios há obrado.

Levantanse columnas á los grandes capitanes; se erijen estatuas á los sabios eminentes. Para vosotras, heroínas de la caridad, están reservadas las coronas inmortales.

.....
.....
La princesa permaneció algunos momentos pensativa. A pesar suyo, su mirada se dirigia, á cada paso, hacia la frontera : teniá las mayores dificultades en disimular los impulsos de su corazon.

Pero, el rio continuaba rugiendo, sus olas se precipitaban de una manera espantosa, el paso continuaba todavía impracticable. Era pues preciso resignarse á esperar Despues de un instante de silencio, dirijiendose á su compañero : — Vuestra conversacion, le dijo, me interesa sobremanera. ¿ En donde habeis adquirido esas ideas tan rectas y tan llenas de verdadera filosofia que acabais de manifestarme ?

— ¡ Ah señora ! ya os lo hé manifestado. Yo no hé recibido instruccion alguna, pero hé observado mucho. La desgracia y los sufrimientos me hán enseñado muchas cosas. Como vivo en el campo, conozco por lo mismo las necesidades de sus habitantes.

— Pues bien ¿ que hariais por los habitantes del campo, si fuerais rey ?

— Estimularía y protegería, por cuantos medios estuviesen á mi alcance, los trabajos agricolas. Establecería una caja comun, destinada á proporcionar á los labradores los anticipos necesarios y proporcionados á las garantías que cada uno de ellos pudiera ofrecer. A los tenderos de nuestras aldeas se les fía cuanto hán menester para su pequeño trafico. ¿ Porque el labrador no há de disfrutar de la misma ventaja ? El dinero abunda para la industria y el comercio. ¿ No podría haberlo tambien para el labrador, sin necesidad de que este obligáse sus bienes ? Nuestros labriegos, solamente encuentran recursos por medio de contratos que originan grandes gastos y acaban por arruinarlos.

— Hablais muy bien ; pero, la realizacion de vuestro pensamiento no me parece una cosa tan fácil.

— Pues yo creo, señora, que nada es dificil para un rey.

— No siempre, pero decidme, ¿ que mas hariais ?

— ¿ Que quereis que os diga, Señora ? ¡ Mis conocimientos son tan limitados ! Sin embargo, si yo fuera rey, me parece que desconfiaría mucho de los palaciegos, gente por lo comun falaz y adulatora que oculta la verdad, á menos que convenga á sus intereses manifestarla.

El palaciego tendrá buen cuidado de no advertir al soberano los errores en que incurra. El temor de caer en desgracia le detendrá. Por lo que á mi toca, detesto las personas que me adulan; prefiero las que me descubren francamente mis defectos; porque en este caso, tengo abierto el camino para correjirme.

— Pero, al escucharos, cualquiera diría que habeis frecuentado los palacios de los reyes. Decidme, si fuerais rey, os gustaría sin duda mandar ejercitos, dar batallas, ganar victorias.

— No me gusta la guerra, señora; y si yo fuese rey, procuraría siempre evitarla. La guerra arrebatata muchos brazos á la agricultura, á las

artes y al comercio, y siembra el luto en las familias.

— Sin embargo, la guerra es un medio para alcanzar elevadas dignidades y puestos muy codiciados. Las guerras crean generales, mariscales, intendentes.....

— Eso es muy cierto, y será tal vez conveniente para los habitantes de las ciudades; pero no para nosotros los aldeanos en quienes se realiza siempre el adagio de que « la mona, mona se queda. »

— Apesar de todo, la guerra es á veces necesaria.....

— Comprendo, señora, que en algunos casos no se pueda prescindir de ella; pero son muy contados, y yo quisiera que antes de romperse las hostilidades, se agotasen siempre todos los medios para entenderse, y que no se tomasen en cuenta para nada los impulsos del amor propio.

— ¿ Sois, segun eso, partidario de la paz ?

— Si, señora, porque la paz proporciona beneficios sin cuento. A la sombra de la paz, yo protegería la agricultura, las artes y el comercio; abriría relaciones con las naciones mas lejanas. Entonces aprovecharía de la prosperidad general para disminuir las contribuciones, en vez de aumentarlas. Esto seria muy sencillo, habiendo menos generales y soldados que pagar, menos barcos que construir y sostener, menos viudas é inutilizados en el servicio á quienes socorrer.

— Convengo en que por medio de la paz podrían hacerse grandes cosas, extender por ejemplo el beneficio de la instruccion, ¿ no es verdad ?

— Si, señora, pero, yo haria lo posible porque ante todo se aprendiesen bien los preceptos de nuestra santa religion. En efecto, el que aprende á amar á Dios y á respetarle, aprende tambien á amar y á respetar á sus padres, á olvidar las injurias, á practicar la caridad, á huir de los lugares peligrosos, como son las

tavernas, por ejemplo, en donde la juventud contrae costumbres deplorables.

Yo querría además, que la instrucción en nuestros campos fuese arreglada á las necesidades del labrador. Todos, sin duda alguna, deben saber leer y escribir; pero procuraría sobre todo que se escojieran maestros capaces de dar nociones de agricultura, con preferencia á otros conocimientos, sin utilidad ni provecho para los aldeanos. El profesor debería enseñar al discípulo como debe cultivarse la tierra, cuales son los sembrados que mas convienen en tal ó cual terreno.

Tambien sería de parecer que se alentase y protejiese el talento natural que Dios há concedido á ciertos hombres. Sucede que tenemos entre nosotros simples pastores que componen versos magníficos, otros que, sin la menor instrucción, predicán tan bien como el señor cura; hé visto pastores que calculan de memoria como pudiera hacerlo el mejor aritmetico, hombres que, sin mas libros que su practica, arre-

glan admirablemente las dislocaciones y las fracturas mas complicadas, muchos que conocen todas las plantas y que, apesar de ignorar sus nombres, saben sacar partido de todas las cualidades que les son propias ; algunos por fin que, sin haber tenido mas profesores que la naturaleza, hacen paisages y retratos muy parecidos ó que, sin nocion alguna de la maquinaria, componen los relojes y cuadrantes del pais. No faltan tampoco entre nosotros jovenes dotados de magnificas voces y que cantan muy bien. Pues bien, yo estimularía el desenvolvimiento de todos estos talentos naturales.

— Es una escelente idea la vuestra. No hay duda de que causa lastima ver completamente abandonados á sí mismos esos fenomenos intelectuales que Dios há criado ¿ Sabeis que Dios há sido prodigo en dones con vuestro pais ? Hé admirado á mi paso por el , paisages encantadores.

— Habitámos en efecto el pais mas hermoso del mundo ; y Dios mismo lo escojería para su

residencia, si alguna vez se dignase descender
á la tierra.....
.....
.....

El entusiasmo de Ganich no podrá sorprender á los que han visitado nuestras risueñas campiñas. ¿ Quien no há admirado esas lomas cubiertas de verdura y á sus pies esas alegres praderas esmaltadas de flores ? ¿ Quien no há recorrido con deleite ese incomparable valle que la Nive baña , dominado por la linda estacion thermal de Cambo ? ¡ Paisage encantador en cuyo seno el habitante de las ciudades viene á buscar el descanso del alma y del cuerpo !

Las orillas del mar rivalizan en belleza con las faldas de los Pireneos. Nuestras playas de Biarritz y San Juan de Luz son admirables, y no es estraño que sean todos los años los puntos de reunion general de la aristocracia, del talento y de la hermosura. Biarritz es la estacion favorita de nuestros grandes banqueros, de nuestros poetas y de nuestros mas ilustres lite-

ratos. San Juan de Luz, mas modesto, atrae á los viageros que, huyendo del lujo y de sus exijencias, buscan el aislamiento y el sosiego; es tambien la residencia preferida por aquellas fortunas que no pueden arrostrar los gastos á veces fabulosos de Biarritz.

Pero, ¡ si vieseis en medio del invierno, en un dia de tempestad, aquellas playas pocos meses antes tan lindas y tan tranquilas! Es un espectaculo aterrador. La bahia de San Juan de Luz en particular es á veces el teatro de escenas desgarradoras que la pluma con dificultad acertaría á describir. Por fortuna y gracias á la iniciativa del soberano, un dique, arrancando en Socoa y uniendose á un muelle en la roca de Arta, vendrá pronto á oponer una poderosa barrera á las enfurecidas olas del Oceano, y ofrecerá un refugio seguro á los buques en peligro.

No son aquellos monumentos que se legan á la posteridad con el objeto de perpetuar el fausto, el lujo y la vanidad, los que mas hon-

ran á los príncipes y eternizan su memoria. Lo son si aquellos que se levantan para el alivio y para el bien estar de la humanidad. La gratitud de los pueblos queda en estos casos gravada sobre esos monumentos.

Para apreciar debidamente cuan merecido es ese sentimiento, sería preciso haber visto como yo al Oceano irritado en el golfo de Gascoña, y sobre todo en la bahia de San Juan de Luz. . . ¡ Dios mio ! ¡ que horrible espectáculo ! La tierra, el cielo y la mar parecen confundirse, para formar un conjunto semejante al caos en cuyo centro se agitan, como gigantes, las enfurecidas olas. Socoa, Santa Barbara y la roca de Arta son otras tantas montañas de agua sobre las cuales se elevan sin cesar piramides blancas como la nieve que desaparecen majestuosamente. Dirianse otros tantos sudarios dispuestos y extendidos para envolver las victimas de la espantosa catastrofe que se prepara. La poblacion está consternada. No se oyen en las calles mas que gritos, sollozos y lamentos.

Mugeres desgreñadas, niños espantados corren sobre las arenas como insensatos. Algunos hombres de corazon valiente y esforzado preparan los medios de salvar á los infelices pescadores que luchan con la muerte. Clavados en la playa, sus esposas y sus hijos lloran y levantan las manos al cielo, implorando misericordia. Pero, el Oceano en este golfo infernal se burla de los inutiles esfuerzos que se intentan para luchar contra su furia. Los gemidos, las suplicas, los gritos de desesperacion y de agonía se confunden con las espantosas rafagas de viento y con el ruido atronador de las olas que rugen en horroroso concierto.

Los restos del naufragio no tardan en llegar á la playa. Son fragmentos de la fragil embarcacion entremezclados con cadaveres.

.....

Pero, volvamos á la cueva.....

Oyese, cuando menos lo pensaban, un ruido de pasos, el zarzal se agita, y se dan discretamente tres palmadas á la entrada de la cueva.

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! nos hán descubierto, exclama la princesa.

— Tranquilizaos, señora, contesta su compañero, esa es la señal convenida entre mi hermana y yo. En el mismo instante, una voz suave y cariñosa acaba de tranquilizar á la princesa.

— Soi yo, dice aquella voz, y Rafaela se introduce en la cueva.

— Bien venida seais Rafaela ¡ cuanta alegría nos causa vuestra presencia !

— Me hé ocultado como una ardilla. Nadie há podido observarme : pero, ¡ como debeis fastidiaros, señora, en esta cueva !

— Me hé distraido conversando con vuestro hermano, y el tiempo me há parecido corto.

— Temo que todaviá tengais que esperar un poco.

— ¡ Como ! ¿ No há disminuido la corriente ? dijo la princesa con inquietud.

— Nada temais, responde Ganich ; pronto la dominaremos ; voi á observarla. Mientras tanto, mi hermana os hará compañía.

Ganich, despues de haberse asegurado de que ninguna mirada indiscreta podia descubrirle, salió de la cueva y encojiendo el cuerpo, se escurrió entre la maleza. Llegado que húbo cerca del rio, reconoció con ansiedad su cauce. El agua era todaviá profunda, y aun cuando la violencia de la corriente habiá disminuido, el vado continuaba siendo peligroso: pero por otra parte, era imprudente permanecer mas tiempo en la cueva, porque la tropa y los aduaneros podian de un momento á otro bajar á la llanura, é interponiendose, cortar el paso á los fugitivos.

Ganich no atiende en tan criticas circunstancias mas que á su valor, y lleno de confianza en la proteccion divina, decidido á intentar el vado, retrocede á la cueva, penetra cautelosamente en ella y ocultando su inquietud á la reina, con tono festivo y alegre.

Apresuraos, señora, le dice, el momento es favorable, y se lanzan ambos á la orilla del río.

XII.

EL PASO DE LA NIVE.

El Vasco es un verdadero creyente que tiene una confianza ciega en la eficacia de la oracion.

La oscuridad de la noche há cedido el puesto al resplandor del alba. Las cimas de los montes se revisten apenas de nacarados tintes. El Angelus suena, el Vasco se lanza fuera de la cama, y despues de una gran señal de cruz invoca á la Madre de los Angeles.

Es medio dia. Ved allí á aquel hombre encorvado, siguiendo el surco que el arado abre penosamente á sus pies. Suena la campana, se detiene al momento, hace la señal de cruz y reza.

Llega la noche; el sol se há puesto y sus ultimas claridades se proyectan todaviá en el

valle. Sentado al pie de una encina, al lado de su prometida, un joven gallardo le manifiesta, con la sonrisa de la dicha, la impaciencia con que aguarda el momento de unirse á ella. El toque del Angelus hiere sus oídos, la pareja se levanta como movida por un resorte; la gravedad há reemplazado la sonrisa y juntos rezan.

Ved en medio de una nube de polvo á aquellos juvenes que bailan, describiendo un circulo al son del tamboril y del silvo, imitando con los dedos el ruido de las castañuelas, levantando tan pronto un brazo, tan pronto una pierna, brincando á veces con saltos bruscos y repentinos, lanzando agudos y prolongados gritos. Los bailarines acarician con la mirada á las juvenes que los rodean; estas bajan modestamente los ojos. De repente, un sonido argentino pone el aire en vibracion; y el tamboril y el silvo y el chasquido de los dedos cesan, el baile se suspende, todas las boinas se inclinan al suelo y cada bailarín hace la señal de la cruz.

Es un dia de mercado ; la calle está atestada de gentes ocupadas de sus negocios, discutiendo con calor, el ojo en fuego y el puño cerrado ; suena la campana, y las miradas se apaciguan, los brazos caen y todos rezan en medio del silencio y del recogimiento.

Al primer toque del Angelus, en las tabernas, las botellas inclinadas se enderezan, los vasos se separan de los labios. En el juego de pelota, el entusiasmo cesa como por encanto y los guantes caen al suelo.

Y, si algun imprudente se atreviese á protestar con un movimiento equivoco ó con algun gesto burlesco, contra este acto de devocion general, ¡ ah ! ¡ desgraciado de el !

En los momentos de peligro, el Vasco manifiesta siempre con una señal de cruz que es cristiano y que tiene confianza en Dios.

Despues de un acontecimiento favorable, da gracias al cielo de los beneficios que le há concedido, con aquella muda pero eloquente oracion.

En las mas insignificantes acciones de su vida, manifiesta del mismo modo, que obra bajo la mirada de Dios.

El padre de familia hace la señal de la cruz sobre el pan, antes de distribuirlo á sus hijos.

Cada noche, la madre ejecuta aquel mismo signo sobre la cuna de su recién nacido.

El dia de la Candelaria, un cirio bendecido arde bajo el techo del Vasco, y este cirio sirve para marcar el signo del Redentor sobre la frente de todos los individuos de la familia.

.....
.....

Al llegar á la orilla del rio, Ganich, fiel á las piadosas tradiciones de su pais, hincóse de rodillas y humedeciendo la mano derecha en el agua, presentó sus dedos á la princesa.

— Haced, le dijo, como yo, la señal de la cruz y una oracion. Pocos instantes despues, incorporandose bruscamente, coloca la princesa sobre sus robustas espaldas y se lanza en medio de la corriente.

Hiende las olas valerosamente y continúa avanzando, apesar de los troncos, pedazos de roca y de toda clase de materiales que el rio arrastra. Ningun obstáculo le detiene. Al verle marchar con la frente erguida, diríase que mas bien que peso es alivio para el su noble carga.

De repente vacila. Un abismo imprevisto se há abierto bajo sus pies. Un estremecimiento general se apodera de todo su cuerpo. La princesa espantada lanza un grito agudo y penetrante.

Pero, recojiendo toda su energia, el gigante se endereza, é imprime á su cuerpo un movimiento vigoroso.

Durante algunos momentos que parecen siglos, continúa indecisa la lucha que sostiene la voluntad indomable de este hombre contra el torrente enfurecido.

Por ultimo, gracias á un esfuerzo supremo, Ganich alcanza la orilla opuesta, y depositando suavemente sobre el césped á la princesa: — Ahora, señora, le dice, dad gracias á Dios, pues

yá estais en salvo ; el camino que vamos á seguir está poco vigilado, porque los aduaneros saben muy bien que atrevidos contrabandistas pueden unicamente recorrerlo sin peligro.

XIII.

PASO DE LA FRONTERA.

Despues del asalto infructuoso de la casa de Ganich , el capitan Flaminau, presumiendo , apesar de la afirmacion del anciano, que la princesa no habriá podido vadear el rio ; desorientado ademas por falsas noticias , creyó inutil continuar sus pesquisas en las dependencias de dicha casa. Retrocedió pues con su compañía , y dividiendola en varias partidas , dió orden de que se reconocieran escrupulosamente las de la vecindad.

En cuanto á los aduaneros estacionados á orillas de la Nive , estaban persuadidos de que seriá poco menos que un milagro que ningun ser humano vadease el torrente , en aquellas circunstancias ; y su vigilancia habiá considerablemente aflojado.

Así se comprende como Ganich pudo llegar á la orilla opuesta, sin ser inquietado.

Despues de media hora de marcha, los fugitivos llegaron á un pequeño valle estrecho y profundo. Allí salió un hombre que se ocultaba detrás de una roca y se dirigió á su encuentro. Aquel hombre llevaba debajo del brazo un cofrecito que contenía las alhajas de la princesa.

— Esta bien, Manuel, dijo Ganich; has guardado fielmente el deposito que te habia confiado y vas á acompañarnos hasta la frontera. Y, dirigiendose á la princesa: — Ahora, señora, tendreis que resignaros á subir el monte que se eleva en frente de nosotros. ¡Valor! en caso necesario, mi guia y yo os llevaremos á hombros.

La subida del monte era dura y penosa. La vertiente presentaba una cuesta rapida, y la humedad escasamente permitia fijar el pie en el suelo cubierto de musgo.

Cuando hubieron vencido los dos tercios de la montaña, nuestros tres viajeros encontraron una roca en forma de saliente. Al pie se veia

el sendero que era preciso seguir para bajar á la vereda opuesta. Entraron en ese sendero. A la izquierda, la roca continuaba elevandose arida y recta como una pared. A la derecha, se cruzaban á veces precipicios, y en su fondo corría un torrente cuyo ruido apenas hería el oido.

Mas de una vez, la princesa acometida por el vertigo se recostó en el suelo, y fue necesaria toda la energiá de Ganich para determinarla á continuar la marcha. ¡ Valor ! señora, repetía este, á cada paso. En frente de vos está la España ; detrás el cautiverio. Y á estas palabras, la mirada de la princesa se animaba, y cobrando nuevos bríos, exclamaba : — ¡ Adelante, adelante !

Despues de una hora mortal de marcha por un sendero tan peligroso, los fugitivos entraron en un ribazo bordeado de zarzar-moras entrelazadas que les sirvió de camino para bajar á un valle.

Al desenbocar en ese valle, Ganich que marchaba delante, se disponía á atravesar un tor-

rente con la princesa, cuando su mirada de aguila divisó el brillo de carabinas por entre el ramage.

Con un gesto rapido, hace seña á la princesa para que quede inmovil, y el mismo, encorbando su elevada estatura, se esconde detrás de un matorral.

Un instante despues, se oyen los pasos de los aduaneros; los tres viageros contienen hasta el aliento y sus corazones laten con violencia. ¿ Que vienen aquellos hombres á buscar en esta direccion? ¿ Habran visto á los fugitivos? Un sudor frio cubre el rostro de Ganich. ¡ Tantos esfuerzos, tantos trabajos! ¿ será posible que no hayan servido para nada? ¿ Caerá la princesa en manos de sus enemigos, en el momento mismo de creérse en salvo? Entretanto, los aduaneros se aproximan, están cerca del matorral detras del cual Ganich se há acurrucado. Oyese el roce de sus carabinas contra el follage. Yá no queda duda, ¡ los hán descubierto! No tar-

dan sus voces en llegar al oído de los fugitivos..... ¡ Que ganga! decía uno de ellos..... ¡ 50,000 francos para el que prenda á la princesa! Con esto se tiene pan á la mano y algo maz para la vejez. No tenemos suerte, contestaba otro. Es imposible que la princesa se aventure en parages tan peligrosos como este, á no ser que tenga las alas de un pajarito... Por fin pasaron el zarzal, y sus voces se fueron poco á poco apagando. Al cabo de diez minutos que parecieron á Ganich otros tantos siglos, pudo cerciorarse de que los aduaneros desaparecían en la revuelta del sendero.

Nuestros viajeros tranquilizados, abandonan inmediatamente su escondrijo y continúan su marcha hacia la frontera.

¡ Que penoso viage para la princesa! Tan pronto era preciso subir altas montañas cortadas casi á pico; tan pronto habia que pasar precipicios sin fondo. Solamente hacian pequeños altos para tomar aliento.

La noble compañera de Ganich lo sobrellevaba todo con una abnegacion y un valor admirables; y este, alguna vez que otra hubo casi de usar de violencia para obligarla á dejarse llevar, en los pasos mas peligrosos, sobre sus hombros.

Por fin, los viageros llegóron á la orilla de un pequeño riachuelo; era el limite que separa la Francia de la España. Ganich, despues de haberlo atravesado de un salto, se detiene, y poniendo la mano sobre un mojon de granito colocado á la orilla del sendero: — ¡ Hé aquí la España! exclama.

La princesa se precipita sobre aquella piedra y la besa, loca de alegría. Olvida los peligros, las fatigas y se adelanta á sus guías. Estos apenas pueden seguirla.

Llegados á la cima de una colina, un magnifico panoráma se presenta á la vista de los viageros. Eran las tiendas de las tropas carlistas que cubrián la llanura.

Los soldados iban y venian, rebulliendose en todos sentidos; sus boinas blancas y sus capo-

tes azules se destacaban sobre el fondo verde de las montañas. Los unos cantaban aires nacionales, acompañándose con la guitarra. Los otros bailaban el fandango. Otros enfin, rodeando sentados una fogata, gesticulaban con la viveza peculiar de las gentes del pais vasco. A alguna distancia de este cuadro, divisábase una tienda blanca adornada con una bandera de color carmesí. Era la tienda del rey. En el horizonte se destacaba sobre el azul del cielo la aguda flecha de un campanario.

Ganich lanza un *irrin-ciña* (1) agudo y prolongado ; esta era la señal convenida.

En el mismo instante, el estampido del cañon conmueve el aire, las charangas y los tambores tocan aires nacionales. Las campanas españolas son lanzadas á vuelo, gritos de alegría resuenan en el campamento. Las voces de mando llaman á los soldados sobre las armas. Las tropas entusiasmadas forman en batalla,

(1) Grito vasco.

los caballos relinchan, los sables y las bayonetas resplandecen. Las bandas de musicas entonan la marcha real. El rey, á la cabeza de un brillante estado mayor, se adelanta al encuentro de la princesa. Pocos momentos despues, estrechaba en sus brazos á su muy amada esposa.

XIV.

CONCLUSION.

Zumalacarregui, el general en jefe del ejército carlista del Norte, aquel caudillo de impecederamemoria, marchó de triunfo en triunfo. Pero, desde la muerte de este hombre superior, ante cuyo genio se acallaban todas las ambiciones, surjieron en el partido los germenés de la desunion que mas adelante habian de causar su ruina.

Cabrera, por su parte, el ilustre caudillo de Aragon, abandonando sus estudios para lanzarse á la pelea y sin mas recursos que su talento organizador, su actividad y el entusiasmo del pais, improvisó un ejército aguerrido y se cubrió de gloria, mientras que el rey y su noble esposa compartían los peligros de sus fieles partidarios en las provincias vazcongadas.

Sin embargo, un fuego sordo ardiá en el seno del partido carlista. El cansancio de las provincias del Norte que sostenían hacía seis años aquella espantosa y prolongada lucha, se explotó habilmente por los enemigos y vino á añadirle nuevos combustibles, hasta que por fin ocurrieron en 1839 los acontecimientos que todos saben, y cuyo prologo fué el fusilamiento de cuatro oficiales generales.

Desbandóse el ejercito carlista de las provincias vascongadas ; y el infante don Carlos y su augusta consorte, puestos en la alternativa de escojer entre la retirada y el cautiverio, viendo por otra parte su causa perdida y que el derramamiento de sangre era ya inutil, abandonáron la España para refugiarse en el territorio francés.

Cabrera, redoblando de enerjía, se sostúvo todavía un año, merced á su voluntad indomable y defendió el terreno palmo á palmo contra los ejercitos todos de la reina Isabel.

La defensa de Aragon por Cabrera y sus capitanes fué heroica ; y los Españoles la regis-

trarían en paginas de oro, si aquella guerra hubiera sido nacional.

En efecto, ¿quien que esté enterado del ultimo acto de aquel drama sangriento, ignora las defensas desesperadas de los fuertes carlistas de Aragon, de aquellas defensas entre las cuales hubo algunas dignas de figurar en el número de las mas gloriosas que la historia nos há trasmitido ?

¿ Quien hay que no se estremezca todavía al oir, entre otros, el nombre de Castellote, de aquel insignificante fortin moruno, restaurado, guarnecido por dos compañías escasas de infantería, á las ordenes de un comandante cuyo nombre sentimos no recordar, y dos malas piezas de artillería, que se defiende diez dias contra la mayor parte del ejercito constitucional; de aquel monton de escombros, sepultura yá de las tres quintas partes de su microscópica guarnicion, batida dia y noche por una poderosa artillería, que, á las reiteradas intimaciones que se les dirijen, contesta enarbolando la bandera negra ?

¿ Quien no ha oido hablar de aquellos soldados mutilados y hambrientos, de aquellos esqueletos que, sin fuerzas para sostener un fusil, se arrastran á la brecha con granadas de mano, é interpelándose entre los exiguos restos de sus compañeros que las balas hán respetado, contienen y rechazan las desesperadas embestidas de sus enfurecidos enemigos ?

¿ Quien no sabe por último que dentro yá del fuerte, Espartero, el general en gefe del ejercito de la reina Isabel, despues de haber visitado aquel horrible sotano en donde los heridos estaban hascinados con los cadaveres, se estremece á la vista del espantoso cuadro que le circunda, y no pudiendo reprimir los impetus de su admiracion. « ¡ Esto nunca se há visto ! » exclama, y señalando á sus soldados los restos de aquel puñado de heroes « respetadlos », les dice « son unos valientes. »

Pues bien, aquellos hombres templados en hierro, aquellos soldados de indomable valor y de una fidelidad inquebrantable, se formaron

al contacto y con el ejemplo del caudillo de Aragon.

Pero estos actos de heroismo no alcanzaban á levantar una causa perdida. Solamente sirvieron para dejar muy altos el honor y la fama de los soldados aragoneses.

Enfermo de gravedad, conducido en una camilla y en la imposibilidad de dirigir las operaciones, el general Cabrera hubo de pasar la frontera, despues del glorioso desastre de Peracamps, y con el desaparecieron de España los últimos defensores de la causa carlista.

.....

La sociedad se parece á un inmenso museo en donde, al lado de cuadros destinados á reproducir la imagen de la dicha y de los placeres, se ven otros que representan escenas lugubres y sombrías.

Aquí, una madre cubre de besos y de caricias á sus hijos que la rodean con la sonrisa en los labios; y en el entretanto, tal vez en el cuarto inmediato, otra madre desconsolada

riega con sus lagrimas el cadaver de un hijo que la muerte acaba de arrebatarse.

Una familia vive y nada en la abundancia, todo le sobra; y bajo del mismo techo otra familia perece de hambre, sin mas alimento que la desesperacion y las lagrimas.

Un hombre se mece en sueños de oro. El porvenir le sonrie. Fortuna, honra y hasta gloria, todo lo considera á su alcance; y tal vez en aquel mismo instante, en el dintel de su puerta, un enemigo ignorado, con siniestro rostro y la hiel de la envidia en el corazon, medita su ruina y su deshonor.

Pero, el cuadro mas triste, mas desgarrador falta aun en esta galería. Este cuadro es el de la pobreza vergonzante que se oculta; porque desgraciadamente, la sociedad escarnece casi siempre sin piedad al hombre que, desde la cumbre de la fortuna, há caido en el abismo de la desgracia.

¡ Cuantas privaciones hay, cuantos pesares amargos, cuantos dolores punzantes que se sepultan en la soledad del hogar domestico !

El pobre vergonzante se lamenta y se desespera en silencio ; evita hasta la mirada de sus hijos ; pero , á la luz del dia , afecta el bienestar de otros tiempos , se viste con su mejor trage , ultimo vestigio de una opulencia que fué ; su mirada vacilante interroga los ojos de los que cruzan á su lado y teme que su frente descubra el cancer secreto que corroe su alma. Y sin embargo , no siempre son el lujo y los vicios los que acarrean la miseria sobre una familia.

Mientras tanto , los dias pasan y el hambre se introduce en su hogar.

Entonces , fuerza es recurrir á gentes que especulan sobre el infortunio. Los muebles elegantes , las ricas alhajas , recuerdos de dias mas venturosos , se entregan á precios viles.....

Y llega un dia en que , sucumbiendo á las privaciones y á las penas , el pobre vergonzante muere , sin que una mano amiga haya pensado en aliviar su desgracia , porque la ocultó hasta la hora postrera.

Esta triste pintura es la del hombre generoso que hé procurado dar á conocer al público en este libro, en el cual el lector me dispensará que haya interpolado alegres pensamientos con amargas reflexiones.

Ganich prodigó todos sus recursos á la causa de don Carlos ; anticipó todo su caudal para las necesidades del ejercito carlista.

El sacrificio de su patrimonio habia comprometido la posicion de este tipo de desprendimiento y de honradez. Apesar de todo, no se quejaba y jamás pensó en hacer reclamacion alguna.

Es verdad que don Carlos le habiá reconocido, en remuneracion de sus servicios, una pension de 1,800 francos ; pero, quedó esta sin efecto, á consecuencia de la ruina de la causa carlista.

Despues de los acontecimientos que pusieron termino á la guerra civil en España, quedaron interrumpidas las relaciones de Ganich con los partidarios de la causa de don Carlos ;

pero, las simpatías y la estimacion pública continuaban rodeandole; y como á nadie confiaba el secreto de su situacion precaria, todos lo creian rico.

Se equivocaban empero, pues Ganich luchaba mucho tiempo há con la miseria, ocultandola sin embargo á todas las miradas. De este modo creia retardar la hora de su catastrofe.

Poco á poco su casa se fué despojando de los objetos que le traian á la memoria los mas dulces recuerdos.

Luego, acosado por el hambre, húbo de hacer abandono á sus acreedores de los últimos restos que le quedaban de su patrimonio.

A mi vista há consumado este postrer sacrificio; y al escuchar su voz ahogada por los sollozos, al ver la palidez de su semblante y las lagrimas que, apesar suyo, brotaban de sus ojos, adivinando el secreto que pesaba sobre su corazon, le arranqué la confesion de su ruina, y procuré infundirle valor y confianza con el recuerdo de las personas que en otros tiempos había servido y salvado.

— No, exclamó, yo no quiero implorar el agradecimiento de nadie, ni especular sobre el bien que hé podido hacer.

Conmovidó al ver tanta y tan inquebrantable grandeza de alma, en medio de desgracia tan inmensa . . . — Persiste V. en guardar el silencio, le dije. Pues bien yo seré el que hable.

A vosotros pues me dirijo, nobles Españoles, que admirasteis en vuestra juventud el valor, la abnegacion y la lealtad de este hombre generoso; á vosotros antiguos partidarios de la causa de don Carlos para quienes la fé politica constituye una verdadera religion. Un partido es una gran familia y todos los miembros de ella son solidarios entre sí. No dejareis en la indigencia al hombre que tan generosamente se sacrificó por vuestra causa.

La educacion que el hombre recibe, imprime en el su fé politica, y muchas veces su cuna le indica la bandera en la cual se há de afiliar.

Pero, aquel que carece de educacion y de tradiciones de familia, no tiene mas fé que la

que recibe de las circunstancias y de la exaltación de su carácter. Criado en los bosques ó en las montañas, se entusiasma y se decide por cualquiera partido que se dirija á él, si lo juzga honrado.

Ganich sirvió al pretendiente de una monarquía. La bandera del pretendiente á un imperio le hubiera deslumbrado de la misma manera.

El hombre desprovisto de instrucción ni conoce la ley salica ni los derechos de los príncipes á una corona. Vé la desgracia en el dintel de su puerta y le tiende la mano.

Por eso me dirijo también á vosotros, hombres de todos los partidos que sobreponéis á la opinión política el honor, la abnegación, el valor y el desinterés, coronados con la aureola de la desgracia.

A vosotros me dirijo, por último, dichosos del día que debéis tal vez á este hombre una parte del lujo que os rodea. Por vosotros arrojó en su juventud muchos peligros, y hubo un tiempo en que le buscabais para sentarle á vuestra

mesa ¿ Le rechazareis hoy porque es viejo y pobre?... No, y justificareis que hay en vuestros corazones un lugar destinado al agradecimiento.

En cuanto á vosotros, compatriotas queridos, Vascos de alma ardiente, de corazon noble y generoso, vosotros todos, admiradores de este hombre á quien llamais como yo *el heroe* del pais, no solo le ayudareis, sino que reunireis vuestros esfuerzos para colocarle en su vejez al abrigo de la miseria y le citareis con orgullo en todos tiempos y lugares como el tipo mas acabado del valor, del desinterés y de la lealtad.

FIN.

TABLA.

—

	A su Alteza el Príncipe Luis-Luciano Bonaparte.	5
I.	El Paso de Roldan.....	9
II.	Un Palacio improvisado : Los Gitanos.....	21
III.	La Fé en el pais Vasco : El Sacerdote.....	31
IV.	El Palacio de Belzunce : Llegada de la princesa de Beyra á la casa de Ganich.....	41
V.	La Princesa de Beyra en la casa de Ganich. — Juegos y costumbres Vascongadas.....	53
VI.	La Tempestad	63
VII.	Un Cuerpo de guardia en Macaye.....	71
VIII.	Fuga de la Princesa.....	83
IX.	Sitio de la casa de Ganich.....	93
X.	Un acompañamiento funebre.....	107
XI.	Dialogo en la cueva.....	119
XII.	El Paso de la Nive.....	145
XIII.	Paso de la Frontera.....	153
XIV.	Conclusion.....	163





